
BRUGUERA
BOLSILIBROS
TERROR
Selección TERROR
Ralph Barby
OLVIDADOS
NAOMI



SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

532 – Tumba sin fondo, *Clark Carrados*.

533 – La tarántula asesina, *Joseph Berna*.

534 – La danza de los esqueletos, *Ada Coretti*.

535 – …Y surgieron de la niebla, *Ralph Barby*.

536 – Satán y su familia, *Clark Carrados*.

RALPH BARBY

OLVIDADOS

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 537

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4

Depósito legal: B. 13.874 - 1983

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: junio, 1983

2ª edición en América: diciembre, 1983

Concedidos derechos exclusivos *a* favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1983

CAPITULO PRIMERO

Tenía media hora de tiempo, quizá más, quizá menos; no había prisa por verme frente a frente con Armando Benotti. Sabía de antemano que la entrevista iba a funcionar bien.

Me hallaba en un buen momento profesional y si fallaba el asunto que me había llevado hasta aquel lugar, no me costaría demasiado encontrar otro empleo. Era sobradamente conocido y poseía muy buenas relaciones, lo que me convertía en el hombre idóneo para muchos contactos.

Estaba harto de cócteles, entrevistas, comidas y cenas, siempre con el ingenio listo y atento para quedar bien, para ser certero, para halagar a una determinada mujer, fuese por motivos profesionales o simplemente para terminar con ella en la cama.

¿Con cuántas mujeres había gozado lúdicamente en los juegos de cama? No lo sabía y tampoco tenía deseos de echar la cuenta. Podía recordar a dos o tres que por sus circunstancias, por su belleza, habían sido singulares, pero las otras...

Abrí la pitillera y saqué un largo «extra» emboquillado turco auténtico. No es que fuera un sibarita del fumar, pero si invitaba a alguien a hacerlo conmigo, debía causar buena impresión. Yo era un «relaciones públicas» y no podía fallar en ningún detalle, pues mi prestigio se vería mermado, aunque en algunas ocasiones yo mismo me decía:

«¡Al carajo con mi prestigio!»

Hice salir la llamita azulada de mi encendedor de oro a plena presión de gas. No lo había comprado yo, era regalo de una mujer madura pero herniosa, la mujer de un banquero cuadriculado, pequeño y con cara de sapo que se empeñaba en fumar unos cigarros enormes.

Yo había tenido que convencerle de algo, ya no sé de qué; sólo recordaba que su adorada mujercita se había encargado de convencerle después de besarle los promontorios frontales que, no sé

por qué motivo, aquel tipejo los tenía muy sobresalientes.

Aspiré con fuerza.

Sentí el humo dentro de mi cuerpo mientras me estremecía bajo el gabán. Hacía frío. No es que la temperatura fuese muy baja, pero sí había mucha humedad.

Durante la mañana había estado lloviendo con desgana, sin fuerza; ahora no llovía, pero del suelo se alzaba una niebla fantasmagórica.

Por primera vez en mucho tiempo me di cuenta de que me rodeaba la soledad y sentí un impulso de rechazo. Lo mejor, lo más fácil para mí, era dar media vuelta y retornar al gran casino, a sus lujosos salones.

Me dije a mí mismo que era un estúpido, que no podía dejarme arrastrar por los impulsos como si fuera un muchacho quinceañero.

Observé los árboles, eran muy altos, oscuros. Debo confesar que no entendía mucho de árboles, uno me parecía igual a otro, si es que esto podía ser, porque los había muy altos y los había bajos, achaparrados. Los había anchos como los falsos pimenteros o estrechos y altos como los cipreses y las sabinas.

¿Qué me importaba a mí la clase de árboles que hubiera? /¿Por qué me lo preguntaba? ¿Lo hacía para distraerme?

¿Por qué me lo preguntaba? ¿Lo hacía para distraerme?

Observé que perdían las hojas, que sus ramas se desnudaban preparándose para el invierno. No soplaba viento y, sin embargo, tuve la impresión de que rumoreaban, como si el viento se filtrara entre las hojas, como si cuchichearan los unos con los otros.

Avancé por la corta alameda. A un lado, detrás de los árboles, había un muro de piedra, un muro que debía tener varios siglos. El musgo se pegaba a las piedras más bajas, allí no parecía que el sol diera jamás, quizás estaba encarado al Norte y en aquellos momentos no me lo cuestioné.

Fumando mi cigarrillo, seguía avanzando por el sendero.

Lamenté haberme dejado los guantes en el coche. ¿Por qué tenía tanto frío, si en aquel lugar todavía estábamos lejos de los cero grados?

Pensé en que debía haber tomado una bebida caliente, un café, un vaso de leche o simplemente un whisky doble. Cierto que aquella misma mañana había hecho un puñado de kilómetros en el coche y que había tomado un simple sándwich en una estación de servicio, pero...

Descubrí el pozo y me llamó la atención.

Aquel pozo estaba medio metido en el muro que formaba alrededor como una hornacina, de cuyo techo colgaba una polea oxidada. Allí no había ninguna cuerda y el hueco del pozo estaba tapado con una sólida reja.

Como empujado por una frustración infantil, busqué una piedra de tamaño pequeño y la metí entre las rejas. La dejé caer al interior del pozo y aguardé a escuchar el ruido. Si no había agua oiría; «Cloc» o «clanc». Si había agua, el sonido sería «chap».

Mas lo que oí fue algo muy distinto y, a la vez, difícil de describir.

Escuché como un rumor profundo, o quizá no fuera un rumor, podía ser un quejido grave, alargado.

Me aparté del pozo por puro instinto animal, diciéndome que me había dejado influenciar por aquella soledad fría y pegajosa, una soledad que tenía mucho de niebla que se introduce por las perneras de los pantalones, por las bocamangas del gabán.

—No es posible —me repetí—, no es posible.

No quise volver a oír aquella siniestra queja gutural y preferí no volver a tirar ninguna piedra más al pozo. No quería confesármelo, pero aquella respuesta a la caída de la piedra había sido lo más desagradable que oyera en mi vida.

Para recordar algo igual tenía que pensar en algún filme de terror que había visto en compañía de alguna mujer. Sonidos especiales, tenebrosos zombies saliendo de sus tumbas en medio de quejidos estremecedores, diabólicos, pero eran trucos especiales y yo me sonreía de ellos mientras sentía estremecerse bajo mi mano el muslo desnudo de mi pareja; pero ahora no era cine, acababa de escuchar algo que...

Tratando de borrar aquel pequeño incidente, me alejé hacia el lado opuesto del muro donde se ubicaba aquel pozo, que lógicamente cabía pensar que tenía tantos años como el muro, o quizá más.

Al otro lado de los álamos negros se levantaba un muro de setos espesos, verde oscuros y de unos dos metros de alto, un seto de cipreses perfectamente cortado. Me dije: «Sí, hasta eso llegaba.» Frente a mí, el seto describía un arco de entrada, de tal forma que la línea horizontal superior del seto no se rompía y en él se abría una puerta que no era más que una cancela de hierro.

Sentía curiosidad, o acaso deseé alejarme del siniestro pozo cuya respuesta tanto me había inquietado.

Arrojé la colilla del cigarrillo al suelo y la pisé hundiéndola en la tierra húmeda.

—Dios, si es un cementerio...

Los jardineros sólo se habían preocupado de recortar los setos que circundaban el cementerio que quedaba casi oculto a la vista de los paseantes.

El resto del recinto se hallaba descuidado, los hierbajos crecían entre las lápidas, medio ocultando algunas de ellas.

Estaba ya dentro de aquel cementerio en el cual no se veía una sola cruz. Era algo que advertí de inmediato, mas no le di importancia. Las lápidas eran oscuras, a muchas de ellas se les pegaba el musgo, de tal forma que llegaba a ocultar el cincelado de las inscripciones.

Lo normal hubiera sido alejarme de aquel cementerio olvidado tras los bien recortados setos. ¿Por qué caminaba yo entre las desconocidas tumbas? No lo sabía. Tampoco podía decir que una fuerza extraña me guiara hacia algún lugar desconocido, tenebroso.

Oscurecía rápidamente y no parecía que yo me diera cuenta de ello. El caso era que yo seguía avanzando entre las olvidadas lápidas y lo que bajo ellas se escondía, como el niño inocente, que se adentra por el bosque sin darse cuenta de que puede perderse, de que el camino se borrará entre los matojos y arbustos hasta perderlo.

¿Cómo iba a pensar tal cosa de mí mismo? Era absurdo. Yo no era un individuo supersticioso, ni siquiera me había planteado tal cuestión. No llevaba amuletos, o no creía llevarlos, porque siempre había que dejar un margen al subconsciente, que puede jugamos malas pasadas.

—Diablos, ¿qué hago yo aquí?

Cuando buscaba una respuesta para una pregunta tan diáfana descubrí lo que debía ser la cripta.

Tenía forma de capilla, pero no era tal si lo que yo entendía por capilla debía ostentar una cruz, una virgen o un ángel. No obstante, descubrí una figura cincelada en la piedra que formaba la clave del arco ojival de la fachada de la capilla, que tendría unos tres metros de alta, quizá algo más.

Dicha piedra tenía cincelado un ángel, pero era negro, sí, negro o quizá no fuera negro, simplemente que la piedra era oscura, enmohecida por el tiempo, el frío y la humedad ambiental, aquella humedad que lo impregnaba todo y que olía a mohos pútridos.

Observé en derredor. La niebla flotaba entre las lápidas como tratando de cubrirlas. Miré hacia el oeste y por encima de los setos descubrí una luz anaranjada, larga.

Cuando aquella luz anaranjada desapareciera, se habría hecho la oscuridad.

Jamás había estado en un cementerio durante la noche. Me había reído de las historias de terror a lo largo de mi vida. Si en aquel momento huía, equivaldría a declararme a mí mismo que tenía miedo.

Me consideraba todavía joven. Era un hombre que había triunfado en su profesión y que tenía muchos años por delante para seguir en la cresta de la ola.

Me sabía bien parecido; no me enorgullecía de ello, pero sí utilizaba mi buen aspecto para tener éxito entre las mujeres. Después de todo, no traicionaba a nadie porque no estaba ligado seriamente a ninguna mujer y muchísimo menos estaba atado por vínculos matrimoniales, los cuales, he de confesarlo, me inspiraban pavor por aquellos días que recuerdo con una claridad exenta de nieblas.

La puerta de la cripta estaba cerrada por fuera. Era de gruesa madera, o por lo menos así se adivinaba viéndola desde el exterior. Poseía muchos herrajes, sin duda muy antiguos, y la madera, sin barnizar ni pintar, ofrecía un aspecto fibroso y descuidado. Si resistía el paso del tiempo, debía ser porque era de algún árbol muy bueno, como ciprés o algo parecido.

El cerrojo destacó a mis ojos, un cerrojo del que no podía sentirse orgulloso cualquier herrero artesano. Grande y sólido, estaba hecho

totalmente a forja, sin soldaduras. Tenía un candado que no era precisamente antiguo sino moderno, aunque se le notaba ya el ataque corrosivo de la humedad. Estaba cerrado, eso era obvio, y entonces centré mi atención en la mirilla protegida por una cruceta de hierro.

Si me lo hubiera preguntado antes, habría obtenido una respuesta tan elemental que me hubiera abstenido de mirar hacia el interior de la cripta. Si la única luz de aquel pequeño recinto era la que entraba por aquella mirilla que tendría unos diez centímetros de lado, formando un cuadrado perfecto y cruzado por dos hierros colocados en forma de aspa, me habría dicho que al colocarme yo frente a la mirilla y más a semejante hora de la tarde, no entraría nada de luz. ¿Cómo podría yo ver lo que había tras la sólida puerta? Una vez más, me comporté como un niño.

Me acerqué. Pegué mi cara a la mirilla y traté de escudriñar el interior, como si en aquellos momentos yo fuera el más estúpido de los morbosos. Todo ocurrió de pronto, en tan breves instantes que no pude calibrarlos.

Sentí como si, justo al otro lado de la puerta, alguien diera un puñetazo. Fue una reacción rápida, instintiva. Me eché hacia atrás cuando aparecieron unos dedos por entre la cruceta. No tuve ni tiempo de observarlos, fue todo muy rápido. Di un fuerte manotazo de protección más que de ataque, como quien aparta de súbito una araña que le ha salido de improviso junto al rostro.

El golpe fue tan fuerte que no noté la resistencia. Oí un gruñido inhumano, como de monstruo agonizante. Me estremecí, di un paso hacia atrás y entonces, saltando sobre el suelo, vi un dedo humano, un dedo pútrido que sufría espasmódicas contracciones, como si aún tuviera vida, hasta que éstas cesaron.

En aquellos momentos sentí el frío dentro del tuétano de mis huesos y un sudor frío en las plantas de mis pies, dentro de mis zapatos y en las palmas de mis manos.

Lancé mi mirada hacia la mirilla y retrocedí. Jamás antes había sabido exactamente lo que era el miedo, ni siquiera al salirse mi coche por la cuneta de una perdida carretera, como me había ocurrido en cierta ocasión.

No, no había sabido lo que era el miedo hasta aquel momento, y al retroceder caí entre unas matas al tropezar de espaldas contra una de las lápidas. Tuve la impresión de que la planta quería envolver mi

rostro con sus hojas, con sus ramas.

—Dios — mascullé, y me alejé de allí corriendo.

Salí del cementerio, regresé al sendero y quedé frente a frente con el pozo.

Si mis oídos no me traicionaron en aquellos momentos, puedo jurar que volví a oír aquella especie de rugido infrahumano y alargado que salía de las profundidades del pozo. Era ya de noche y la luz de la farola encendida estaba lejos.

CAPITULO II

Conducía mi coche por las continuadas curvas de la costa, los acantilados quedaban a mi derecha y la plancha de mi automóvil pasaba casi rozando los guard-rails o quitamiedos.

Me dirigía al aeropuerto internacional.

No era mi costumbre fumar mientras conducía, pero en aquel viaje fumaba sin parar y nerviosamente.

Guardaba celosamente lo ocurrido en el pequeño y olvidado cementerio ubicado dentro de la gran mansión rural, en la que se hallaba el gran casino de juego.

En aquellos momentos, mientras manejaba el volante casi automáticamente, por reflejos, sin pensar, siguiendo la peligrosa sinuosidad de las curvas, recordé que había decidido contarle a Armando Benotti lo que me había ocurrido.

Mientras pisaba el acelerador de mi potente coche, como si buscara la muerte, recordé que Armando Benotti me estaba esperando en su lujoso despacho en el que no había descuidado detalle. El escritorio era de caoba cubana. Yo no era capaz de distinguir el árbol de la caoba, pero sí su madera, convertida ya en lujoso mueble. Las paredes estaban forradas también en madera, con combinados de tapizado en seda.

—¿Qué tal, Larralde? —me dijo, apartando el grueso d-garro de su boca.

Fumaba con ostentación. Benotti era un individuo cuellicorto, de cara redonda y cubría su gran calva con unas larguísimas hebras de pelo muy negro.

Confieso que, de entrada, aquel hombre no me cayó simpático, pero tampoco tenía por qué caerme bien. Era el director gerente del gran casino y eso bastaba.

Había tratado a muchos tipos como él hasta que se habían puesto

pesados y había optado por alejarme de ellos y olvidarlos. Consideraba que la violencia, sin beneficios, no conducía a ninguna parte.

—He estado paseando, señor Benotti.

—Sí, eso me han dicho, Larralde. Llámeme Benotti, apee el «señor».

—Como usted quiera, Benotti.

—Bien. ¿Ha visto ya el casino?

—Si se refiere a las instalaciones, sí.

—Bien, bien. Resulta algo frío mando no hay clientes, usted lo sabe bien.

—Sí, el alma de un casino son los clientes.

—Exacto, y la calidad del casino no la dan los croupiers, las ruletas ni las barajas, porque todas son iguales; la calidad de un gran casino de juego la dan sus clientes. Si son de altura, si son importantes, también lo es el gran casino.

—Sí, hay que cuidar a les clientes y cuanto mejores sean, mejor para el casino.

—Así es, Larralde, así es. Queremos dar una nueva imagen al casino y hemos contratado a gente nueva. Usted es uno de los elegidos. Tiene experiencia, ha estado en Las Vegas y en Montecarlo. El trato con te clientes es muy delicado cuando éstos están perdiendo y hay que ser frío e impersonal cuando se jactan de estar ganando.

—Sé muy bien cómo hay que tratar a la gente.

—Eso espero.

Benotti me seguía hablando a través del humo de su cigarro que se mezclaba con el humo de mi cigarrillo.

Ardía en deseos de contarle lo que me había ocurrido en el pequeño cementerio olvidado tras los setos, frente al muro de piedra, pero poco a poco me convencí de que no era prudente decirle nada en aquellos momentos.

Benotti no se preocuparía lo más mínimo por aquel cementerio olvidado en el que, al parecer, podía suceder lo más insólito, lo más

horroroso. ¿Habría sufrido yo una alucinación?

Benotti siguió hablándome. Me explicó por qué me había seleccionado entre los candidatos al puesto y lo que se esperaba de mí.

Me pidió que, además de las relaciones públicas con los clientes, le ayudara a controlar al personal del casino. Yo, como era lógico, alegué:

—¿No sería mejor encargar este trabajo al jefe de personal?

Con sus palabras, Benotti me dio a entender rápidamente que era muy personalista en la forma de llevar sus asuntos profesionales.

—Para controlar las nóminas del personal y sus fichas de horario, ya tengo un oficial contable. De los asuntos delicados, prefiero ocuparme yo mismo personalmente. Aquí nos jugamos mucho y un empleado infiel puede ser un problema doble: la caja del casino y la clientela, que puede volar al entrar en desconfianza y si un gran casino de juego pierde su clientela, se hunde irremisiblemente. Por eso prefiero llevar yo personalmente esta clase de asuntos que considero sumamente delicados. Agradeceré que usted colabore conmigo, pero eso será un secreto entre usted y yo.

—¿Me pide que espíe a los demás empleados?

—Le pido que colabore conmigo, no le pido nada que vaya en contra de su honor. Le pido que como relaciones públicas, vigile al personal. Esté atento a lo que digan y a lo que hacen, no quiero sorpresas. Por supuesto, cualquier empleado sabe que puede comunicarme cualquier anomalía que observe respecto a sus compañeros y que será premiado por ello, naturalmente en secreto, todo por bien del empleo de todos. ¿Lo comprende usted, Larralde?

Le dije que sí. No estaba demasiado convencido, pero acepté y ahora me veía pisando el acelerador, lamiendo los *guard-rails* junto, a los acantilados, camino del aeropuerto internacional.

Nada más verla, me di cuenta de que era a ella a quien yo estaba esperando en la amplia sala de llegada de internacionales. Había allí mucha gente jetreada, un «Jumbo» acababa de arribar con sus trescientos y pico de pasajeros, pero Armonía Hyman destacaba entre todas las mujeres allí congregadas.

Era alta, esbelta. Tenía el cabello corto y un óvalo de cara perfecto,

por lo menos para mi gusto. No me agradaban las quijadas largas en las mujeres y sí me gustaban los ojos grandes, expresivos.

Tenía unas pupilas maravillosamente verdes y conocía muy bien el efecto que sus atractivos ojos ejercían sobre los hombres, porque sabía maquillárselos muy bien, realzándolos.

Su nariz era algo pequeña, cierto, pero pronto se olvidaba uno de su nariz para fijarse en sus labios, medianamente carnosos y muy bien perfilados.

La hermosa mujer se cubría con un chaquetón tres cuartos de piel de coyote canadiense, castaño rojizo como sus cabellos. No resultaba demasiado fastuoso y sí elegante, aunque en aquellos momentos la temperatura en el aeropuerto era algo elevada para cubrirse con aquella prenda de hermosa piel.

—¿Armonía?

Tras interpelarla, me miró a los ojos y durante unos instantes me dije que aquellos ojos debían tener el poder de hipnotizar. No se apresuró a responder, se mostraba muy dueña de sí misma.

—¿Tienes un cigarrillo? —preguntó, con una gran naturalidad.

Su voz se me antojó cálida, envolvente. Parecía que yo solo hubiera podido oír sus palabras, como si ella fuera capaz de medir exactamente el tono de las mismas.

—Sí, claro.

Se lo di. Ella, con sus manos enguantadas, manos de dedos largos, se puso el cigarrillo entre los labios y me ofreció la punta del mismo.

Por primera vez vi sonreír sus ojos al apresurarme yo a ofrecerle la llamita de mi encendedor.

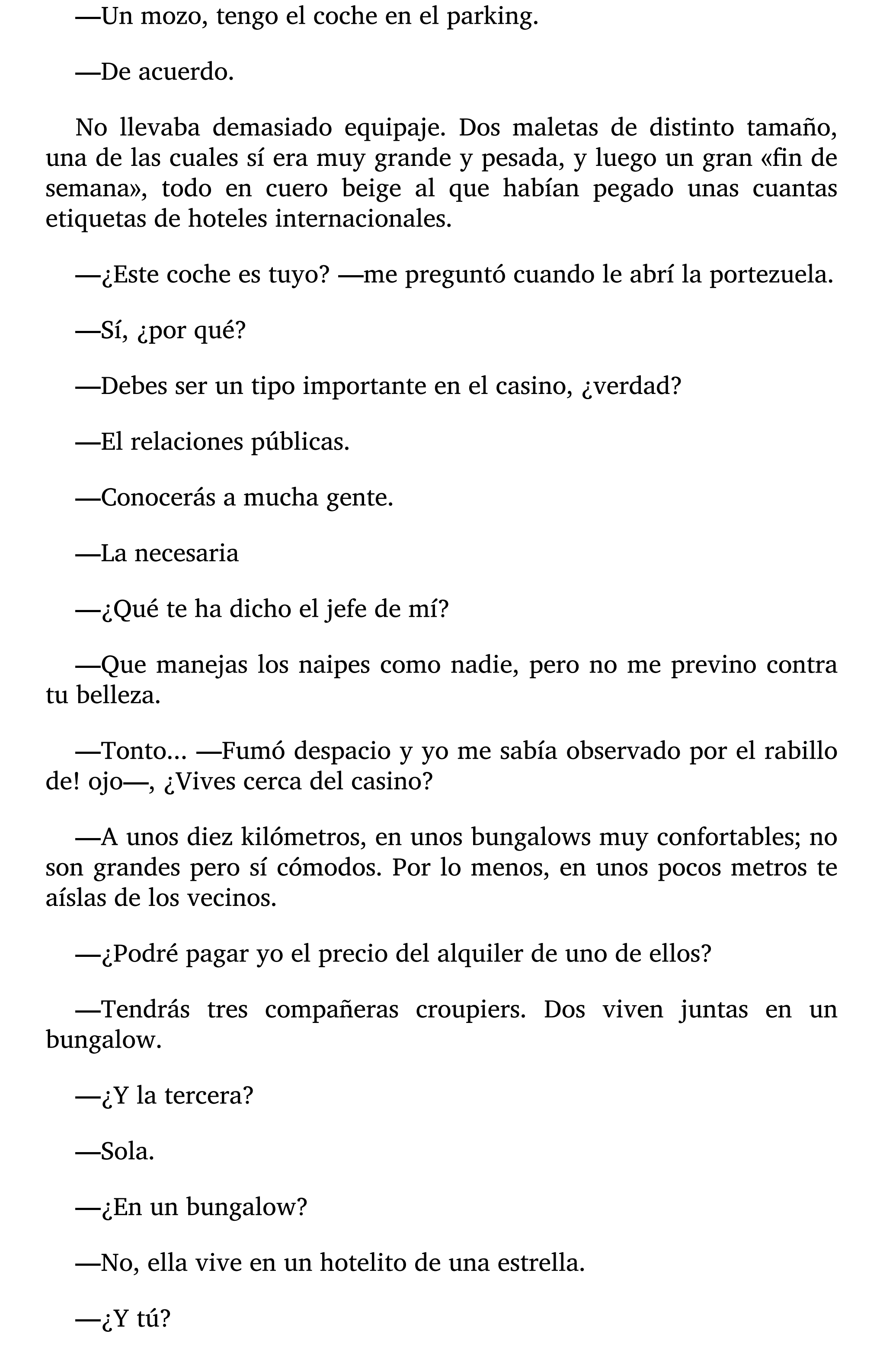
—¿Te envía el casino?

—Concretamente, Benotti.

—Ya. Tú no eres un chófer, ¿verdad?

—¿Tengo aspecto de serlo?

—¿Quién recoge mi equipaje?



—Un mozo, tengo el coche en el parking.

—De acuerdo.

No llevaba demasiado equipaje. Dos maletas de distinto tamaño, una de las cuales sí era muy grande y pesada, y luego un gran «fin de semana», todo en cuero beige al que habían pegado unas cuantas etiquetas de hoteles internacionales.

—¿Este coche es tuyo? —me preguntó cuando le abrí la portezuela.

—Sí, ¿por qué?

—Debes ser un tipo importante en el casino, ¿verdad?

—El relaciones públicas.

—Conocerás a mucha gente.

—La necesaria

—¿Qué te ha dicho el jefe de mí?

—Que manejas los naipes como nadie, pero no me previno contra tu belleza.

—Tonto... —Fumó despacio y yo me sabía observado por el rabillo de! ojo—, ¿Vives cerca del casino?

—A unos diez kilómetros, en unos bungalows muy confortables; no son grandes pero sí cómodos. Por lo menos, en unos pocos metros te aíslas de los vecinos.

—¿Podré pagar yo el precio del alquiler de uno de ellos?

—Tendrás tres compañeras croupiers. Dos viven juntas en un bungalow.

—¿Y la tercera?

—Sola.

—¿En un bungalow?

—No, ella vive en un hotelito de una estrella.

—¿Y tú?

—Yo?

—Sí, ¿vives solo?

Por unos instantes temí que me propusiera compartir mi bungalow. No es que eso hubiera resultado desagradable para mí, pero de buenas a primeras hubiese sido complicado y al director-gerente no le habría gustado nada.

—Me refería a si estabas ligado con alguien.

—Ah, no, no.

—¿Te consideras un hombre libre?

—Sí, claro.

—Tienes aspecto de haber salido con muchas mujeres.

—Phs.

Ella no me hizo más preguntas y yo no pude evitar imaginar cómo serían sus piernas. Me pregunté si alguien las habría acariciado y con qué intensidad.

Sus pechos no eran excesivamente grandes. Tuve la impresión de que ella captaba mis pensamientos, porque movió las piernas, en mi opinión sensualmente, aunque de habérselo hecho notar alguien ella hubiera podido responder que se movía con absoluta naturalidad.

Comenzó a lloviznar y me vi obligado a poner en marcha el limpiaparabrisas. El monótono zum-zum me hizo recordar que tenía que poner en marcha la calefacción.

—Te preocupa algo, ¿verdad, Dany?

—¿Adivina?

—Quién sabe.

—¿Lees en la mente de los demás?

—Quién sabe.

—Eres muy enigmática.

—Ser croupier siendo mujer no es fácil.

—Sí, no debe serlo. Tú eres hija de un diplomático, ¿verdad?

—Sí, mi padre fue diplomático. No vayas a creer que llegó a embajador, no, no llegó a tanto, pero viajó mucho.

—¿Te llevó siempre consigo en sus viajes?

—Sí.

—En ese caso, hablarás varios idiomas.

—Cuatro bastante bien. ¿Algo más?

—¿Crees que te estoy interrogando? —pregunté, volviendo un instante la cabeza para no perder el control del vehículo. La lluvia, aunque fina, hacía más peligrosa la circulación por la tortuosa pero transitada carretera costera.

—Quizás estés cumpliendo órdenes o puedes estar pensando en cómo ligarme bien.

—Recelosa, ¿eh?

Me dije que una mujer tan atractiva debía sentir recelo hacia los hombres porque, en sí misma, constituía una excelente pieza de caza y ella lo sabía, pero seguramente debía gustarle jugar con fuego.

Habíamos ya dejado unos kilómetros atrás las peligrosas curvas. Salí de una carretera para introducirme en otra algo más estrecha y sin arcenes, cuando le dije a Armonía:

—Mira, ahí está el gran casino.

Grandes pilares de piedra antigua formaban la entrada a un puente que daba acceso a las propiedades de lo que otrora había sido una gran mansión rural.

Parte de la misma había sido transformada en casino de juego, y el resto permanecía cerrado, sin transformaciones, conservando su estilo original en la arquitectura, en sus muebles, en su decoración interior.

Yo sabía muy poco del propietario de aquella mansión, que sólo en determinadas ocasiones pasaba por allí y se hospedaba en ella.

—¿Te gusta? — pregunté.

—No sé. Debería decir que sí, pero me parece algo tétrico.

En aquellos momentos yo estaba muy lejos de sospechar siquiera los pavorosos acontecimientos que en aquel lugar habían ocurrido y también los que habrían de suceder.

CAPÍTULO III

Debía sufrir una pesadilla horrible, porque me desperté con mucha angustia. Sin embargo, no lograba recordar el sueño. Era como si una mano o un poder misterioso lo hubiera borrado de mi memoria

De mal humor, me metí bajo la ducha. Aguanté el agua fría y canturreé entre dientes, casi rugiendo para contrarrestar la frialdad del agua.

Me dirigí al snack que había junto a la carretera, saliendo de la urbanización. A IM pude ver varios de los empleados del gran casino. Ellos, en su mayor parte, no me conocían, pero yo sí les conocía a casi todos, porque había estado revisando sus fichas en las que se hallaban incluidas las fotografías que les identificaban. No había sido un interés personal, sino un consejo de Armando Benotti.

Subí a mi coche y me dirigí al gran casino.

Allí tuve que identificarme, pues habían colocado una severa vigilancia mientras decoradores y pintores adelantaban en sus trabajos para dejarlo listo para la reapertura.

Tenía una cite con el director-gerente Benotti. Este había preparado una lista de tipos importantes de la jet-society que serían invitados a una cena de gala que el casino celebraría por todo lo alto. Cuantos más personajes importantes asistieran, tanto mejor. Aquello supondría una fuerte inversión, pero la sociedad anónima que pensaba obtener pingües beneficios con aquel casino, estaba dispuesta a invertir el dinero suficiente para que la fiesta fuera sonada, y yo tenía gran parte de trabajo en aquel asunto.

No bastaba con enviar una invitación a tipos o mujeres importantes acompañándola de unos billetes de avión y asegurándoles unas magnificas suites en el mejor hotel de la zona; debía ponerme en contacto con ellos, personal o telefónicamente, para convencerles de que la estancia sería muy interesante.

Tenía que contarles a «unos» que asistían los «otros», y a los «otros» que asistían los «unos». Era una labor un poco delicada, debía

mostrarme muy convincente y aquélla sería mi primera prueba en mi nuevo empleo. Si asistían personajes de segunda fila en vez de los de primera, Benotti me pondría en la calle y yo bajaría en mi cotización profesional. Esperaba que para la fecha señalada no se produjera ningún óbito importante que obligara a los miembros de la jet-set a asistir al funeral.

Mas en aquellos momentos yo no estaba preocupado por lo que tenía que decirme Benotti.

Estacioné mi coche en un lugar discreto, como si instintivamente no deseara ser demasiado visto y me dirigí al sendero que discurría paralelo junto al muro de piedra en el que se abría el extraño pozo.

Había llovido durante toda la tarde del día anterior y parte de la noche. El cielo seguía encapotado, plúmbeo, lo que agudizaba el frío.

Me dirigí a la puerta que había entre los setos, sabiendo que al otro lado de los mismos todo cambiaría.

Vi el cementerio, las tumbas invadidas por los hierbajos, y volví a sentirme nervioso, molesto conmigo mismo.

No reparé en las lápidas como en mi anterior visita al pequeño cementerio. Me sentía atraído especialmente por la cripta cerrada con el candado.

Allí, detrás de la sólida puerta, había algo o alguien.

Necesitaba volver a ver el dedo cortado, aquel dedo que forzosamente debía faltar en alguna mano, para cerciorarme de que todo no había sido producto de una alucinación que yo debía haber sufrido, impresionado por un crepúsculo frío y neblinoso en la soledad del olvidado cementerio.

—¿Busca algo?

Aquella voz, tan cerca de mí, me sobresaltó. No me había percatado de que llegara nadie tras de mí y tampoco había visto a nadie en el cementerio al entrar en él. Como ya había tenido una sorpresa muy desagradable en aquel lugar, frente a la cripta que tenía a un par de pasos, me volví con rapidez.

Descubrí a un hombre de aspecto tosco, rústico, con el rostro picado de viruela, por lo que deduje que iba camino de la ancianidad, pues no era frecuente ver a nadie afectado por aquella enfermedad, ya

erradicada.

Era un hombre de piel cetrina que se abrigaba con un anorak de color marrón oscuro y se cubría la cabeza con una gorra del mismo color.

—Oiga, ¿usted cuida de esto?

—Soy el jefe de los jardineros de este lugar.

—Ah, entonces sabrá muchas cosas sobre este cementerio —repliqué.

Aquel hombre era desconfiado por naturaleza; además, un mundo nos separaba. Bastaba con observar nuestra diferente forma de vestir o simplemente movemos.

—Aún no me ha dicho usted qué es lo que busca, señor.

—Trabajo en el casino, soy relaciones públicas. —Me di cuenta de que aquellas palabras podían aclararle muy poco a un hombre rústico como el que tenía delante y añadí—: Soy algo así corno el secretario de confianza del señor Benotti.

Noté que se le relajaban algo los músculos del rostro.

—Me llamo Bernard, señor, y si se le ha perdido algo, puedo ayudarle a buscarlo. Incluso puedo hacer venir a la cuadrilla de jardineros para que busquen también.

—Oh, no, no es necesario. —Me di cuenta de que tenía que inventarme algo y rápidamente para hacerme con aquel hombre—. Estuve aquí anteayer y era tarde. Saqué unos papeles y perdí unos billetes de banco sin darme cuenta. Había niebla y no debí verlos caer. Luego los he notado a faltar y...

—¿Era mucho dinero, señor?

—Dinero extranjero, unos dólares.

—Si se han caído aquí, los encontraremos, señor.

—Me llamo Larralde, Dany Larralde.

—Muy bien, señor Larralde, los encontraremos.

—Soy tan despistado que a lo mejor los he perdido en otra parte —

dije, evasivo—. He venido de un largo viaje para ocupar mi nuevo empleo aquí, en el gran casino.

—Sí, ya he oído que hay gente nueva en el gran casino. Hubieron demasiados problemas antes.

—¿Ah, sí? ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Bernard.

—Eso es, Bernard. ¿Decía que hubo problemas?

—Bueno, usted ya los conocerá, si es el hombre de confianza del señor Benotti.

—En algunas cosas, el señor Benotti es muy reservado. Si usted trabaja para él ya se habrá dado cuenta.

—En realidad, yo no soy empleado del señor Benotti.

—¿Ah, no?

—Bueno, cuido de la jardinería del casino, pero...

—¿Quiere decir que usted es el jardinero de esta mansión en la que se ubica el gran casino?

—Así es, señor. Yo dependo del conde Goriot, aunque sea el señor Benotti quien me pague el sueldo.

—Entonces, ¿el conde Goriot es el propietario de esta mansión?

—Así es, señor Larralde, él es el dueño de todo lo que nos rodea, incluso de este cementerio.

—Pero él ha alquilado la parte más noble de su mansión para convertirla en casino.

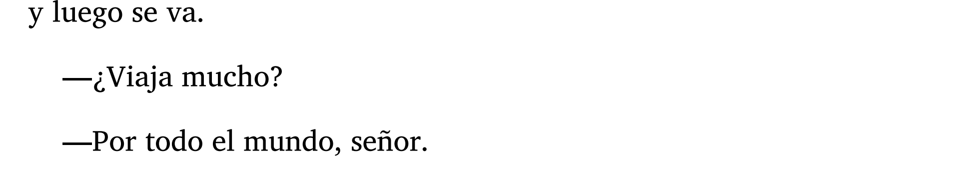
—Sus motivos tendrá.

—El conde Goriot ya no viene por aquí, ¿verdad?

—Sí viene.

—No lo sabía.

—Se instala en el ala sur de la mansión, está unos días, un tiempo,



y luego se va.

—¿Viaja mucho?

—Por todo el mundo, señor.

—¿Y el resto de la mansión está habitable?

—Sí, señor Larralde, en perfectas condiciones.

Saqué mi pitillera y le ofrecí uno de mis cigarrillos. Aquel hombre esbozó una sonrisa que no llegó a cuajar y rehusó diciendo:

—Demasiado finos, señor, prefiero los míos.

Al verle sacar su paquete de cigarrillos nacionales y de calidad media, en tabaco negro, le dije:

—La verdad es que los suyos también me agradan, pero he de llevar de los finos que usted dice para invitar a la gente, especialmente a las señoras.

—Lo comprendo, señor. ¿Quiere uno de los míos?

—Sí, claro que á —acepté, muy amigable.

Mientras encendía ambos cigarrillos con mi encendedor de oro, sabía que con aquel gesto había ganado muchos puntos en aquel hombre de mentalidad rústica y en absoluto rebuscada.

Aspiré el humo con fuerza, como para demostrar que sabía meterlo hasta el estómago. Hundí una mano en el bolsillo del pantalón, miré en derredor y casi con desenfado, pregunté:

—¿Todos los que aquí están enterrados son familia del conde Goriot?

—No exactamente. Aquí están enterrados sus antepasados y también los que a lo largo de muchos, muchos años —dijo, haciendo sus palabras lentas y meditadas— han sido fieles a la familia Goriot y han merecido ser sepultados aquí.

—¿Y los que no han sido muy fieles o nada importantes?

—Eran enterrados en el cementerio del pueblo.

—De modo que, para la servidumbre, yacer en este cementerio es

como un premio.

—Así es, señor Larralde.

—¿Y esa tradición ya se han cortado o continúa?

—Mientras viva un Goriot, la tradición seguirá.

—En ese caso, usted, Bernard, cuando llegue el día fatal, tendrá derecho a ser enterrado aquí.

Se calló, prefirió no dar una respuesta clara y rotunda a mi pregunta. Yo no podía apretarle las clavijas pese a que rabiaba por hacerlo.

—¿Y en la cripta?

--Ahí dentro están los Goriot, señor.

—Entonces, ¿los de las lápidas no son ninguno Goriot?

—Ya se lo he dicho, son servidumbre y algunos que en su día fueron invitados de los señores y, estando aquí, fallecieron. Además, había familiares; en fin, ya sabe, lo que llaman suegras, primos, etcétera.

—Sí, comprendo. Será muy interesante ver las tumbas de los nobles Goriot.

—Lo es, señor.

—¿Son tumbas artísticas?

—Sí, señor. En realidad, lo que ve ahí es sólo la entrada al panteón que se halla bajo tierra y fue cavado en la roca viva hace siglos.

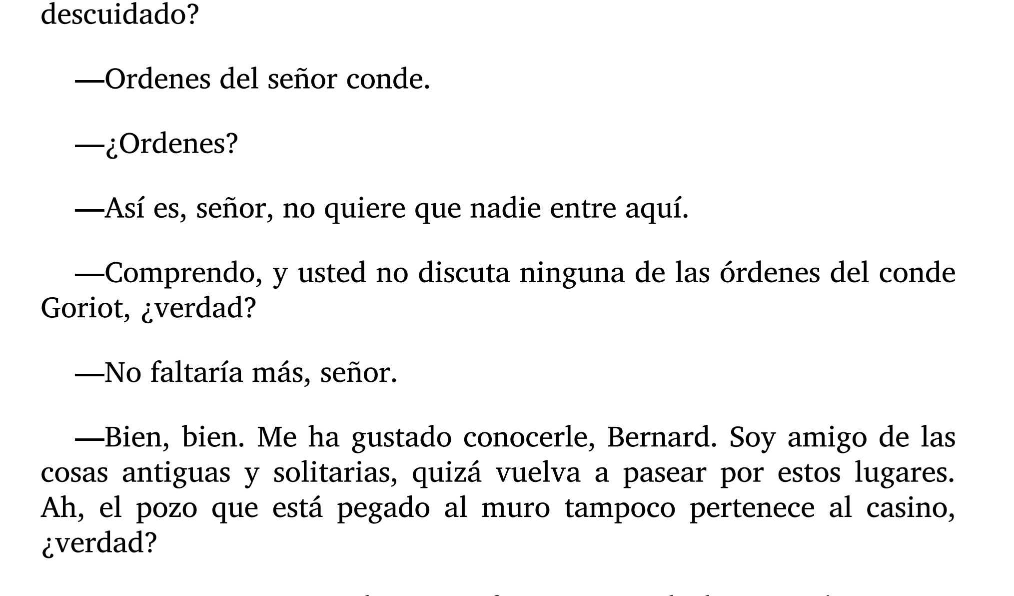
—¿Y no lo podría ver?

—No, señor. La llave de ese candado sólo la tiene el conde Goriot

—Claro, es su familia; sin embargo, ahora, según las leyes, no podrá enterrar a nadie aquí.

—Ignoro cuáles son las leyes, señor.

—Dígame, Bernard, si todo esto pertenece al conde Goriot y quizá usted mismo algún día sea enterrado aquí, ¿por qué está tan



descuidado?

—Ordenes del señor conde.

—¿Ordenes?

—Así es, señor, no quiere que nadie entre aquí.

—Comprendo, y usted no discuta ninguna de las órdenes del conde Goriot, ¿verdad?

—No faltaría más, señor.

—Bien, bien. Me ha gustado conocerle, Bernard. Soy amigo de las cosas antiguas y solitarias, quizá vuelva a pasear por estos lugares. Ah, el pozo que está pegado al muro tampoco pertenece al casino, ¿verdad?

—No, no pertenece al casino; forma parte de la mansión que no está puesta en alquiler.

—Si tengo que encargar flores para quedar bien con alguna mujer, no olvide que soy el relaciones públicas, el hombre que ha de tratar bien a los clientes del casino, ¿dónde podría encargarlas?

—En el pueblo hay una floristería llamada Rosa, seguro que allí le atenderán bien, señor.

—Gracias.

Saqué unos billetes y se los tendí, sabiendo de antemano que aquel hombre casi huraño, receloso y fiel a su dueño como un pastor alsaciano, iba a rechazarlos.

—No puedo aceptarlos, señor. De todos modos, gracias.

Bajé la cabeza con disimulo mientras daba una nueva chupada al cigarrillo y volvía a guardarme los billetes. Busqué con la mirada el dedo cortado y no lo vi por parte alguna.

—Disculpe si le he ofendido.

Salí del cementerio dejando allí al jefe de los jardineros. Sólo miré de nuevo el pozo con suspicacia y alargando el paso, me dirigí al despacho que Benotti me había destinado, un despacho que carecía del lujo que poseía el del propio Benotti, pero estaba bastante bien decorado y en él podía recibir dignamente a multimillonarios de la

jet-society internacional y a príncipes y reyes en destierro.

Al alcance de mi mano tenía un fichero metálico de seguridad tras unas puertas de nogal macizo.

Abrí el fichero con la llave que Benotti me facilitara y busqué la ficha de Bernard, el jefe de los jardineros. No la encontré y me entretuve en revisarlas una por una por si había algún error en la colocación de las mismas. Mas siguió sin aparecer. Había cuatro jardineros en nómina y ninguno de ellos se llamaba Bernard. Por otra parte, allí estaban sus fotografías que no dejaban lugar a posibilidad de error en los nombres.

Bernard no aparecía por parte alguna y yo sentí frío en el espinazo, un frío profundo.

Miré hacia la gran chimenea que había en mi despacho y que estaba apagada, vacía de leños y de cenizas. Tampoco estaba dada la calefacción, nadie se había preocupado de dar paso al aire caliente hacia mi despacho, quizá porque creían que todavía no estaba en uso o porque debido a que los decoradores seguían trabajando, la calefacción general no había sido puesta en marcha. Preferí achacar aquel frío a la falta de calefacción.

CAPITULO IV

Después de pedir que me proporcionaran unos calefactores eléctricos, estuve trabajando durante horas en la confección de la lista de invitados para la gran reapertura, una lista que debería contrastar con la de Armando Benotti.

Sabía que no pocos nombres de mi lista serían borrados para dar paso a otros más selectivos o de asistencia más segura, pues de nada servía invitar a determinado rey o jeque árabe si se sabía de antemano que no asistiría.

La lista de nombres que tenía que proporcionarle a Benotti debía ser muy veraz, con un noventa por ciento de seguridad en la asistencia.

La gente llamada «importante» solía comportarse muy caprichosamente. No eran pocos los que además de la invitación pedían lo que ellos llamaban una «delicadeza» que nunca bajaba de los diez mil dólares.

Por supuesto, yo tenía que arreglármelas para no pagar esas «delicadezas» exigidas por aristócratas, cantantes, actores, directores, cineastas, gente VIP, y la forma de evitarlo era diciéndoles que iba a asistir tal o cual personaje que a ellos podía interesarle.

A un director de cine le convenía el contacto amistoso y nada protocolario con uno o varios productores importantes, lo mismo que a los artistas y a los productores cinematográficos tenía que decirles que acudirían banqueros de renombre internacional. Y a los banqueros, que llegarían determinados jeques árabes y a éstos, que asistirían bellezas femeninas de renombre mundial, y así hasta completar la gran rueda.

Mi labor era casi maquiavélica.

Cada uno de los elegidos debía considerarse el más importante de la fiesta, casi el eje. Después, ya habría tiempo para asimilar las frustraciones de cada cual y no debía faltar el champaña francés para hacer más ligeras las mandíbulas. Tenían que reír, hablar.

—¡Dany!

Aparté el whisky que tomaba en la barra de aquel pub mientras daba vueltas y vueltas en mi cabeza a una especie de noria de cuatro brazos en la que cada barquilla tenía un nombre: «Cementerio, pozo, Bernard, conde Goriot.»

Sabía que debía apartar de mi mente aquella absurda preocupación, sin duda alguna provocada por una alucinación crepuscular; una sombra entre las sombras, agrandada y distorsionada por la soledad y la niebla. Tenía que dedicarme por entero a mi empleo, a mis contactos sociales y profesionales.

Fue un regalo, sí, un regalo para mis oídos y para mi cerebro escuchar aquella voz cálida que me interpeló, una voz que me hizo dejar el whisky que bebía lentamente, con diminutos sorbos, porque en el fondo era un refugio para mí. En aquellos momentos no me apetecía, pero no se podía estar en la barra del pub sin tomar nada, por eso lo había pedido.

Me volví y vi su rostro.

—Armonía.

—Hola, Dany —saludó ella, más sonriente de lo que había estado en el viaje del aeropuerto hasta el gran casino. Se sentó a mi lado en un alto taburete.

—Te pusieron bien el nombre.

—¿A mí? — preguntó, algo coqueta.

—Armonía... Todo en ti es armónico.

—Hombre, gracias. Si fuera Benotti, aprovecharía para pedirte aumento de sueldo.

—No creo que lo consiguieras. Benotti es duro de pelar, sabe muy bien lo que quiere y, aunque se llene la boca de huesos, no suelta ninguno ni para reírse.

—No creas. Me lanzó unas miradas muy insinuantes, no parece refractario al sexo.

—Lo comprendo. Es difícil mantenerse frío ante una belleza como la tuya.

—Uh, uh, voy a tener que ponerme en guardia contra ti también.

—No temas, no voy a chantajearte. En este caso, los piropos no son una maniobra envolvente para conseguir mis más oscuros y sexuales propósitos.

—¿Ah, no?

—No. Si deseo algo de ti, te lo diré.

—¿Aunque te eche un cubo de agua fría?

—Ese riesgo se corre siempre. Y ahora, cuéntame cómo te ha ido.

—Bien. He tenido que pasar una especie de examen con Hugo.

—¿El jefe de la sección de naipes?

—Ajá.

—Todavía no lo he tratado, me han dicho que es muy bueno.

—Sí, pero muy duro. Quena, poco más o menos, que yo fuera una prestidigitadora de cartas.

—Estoy seguro de que habrás salido bien de la prueba.

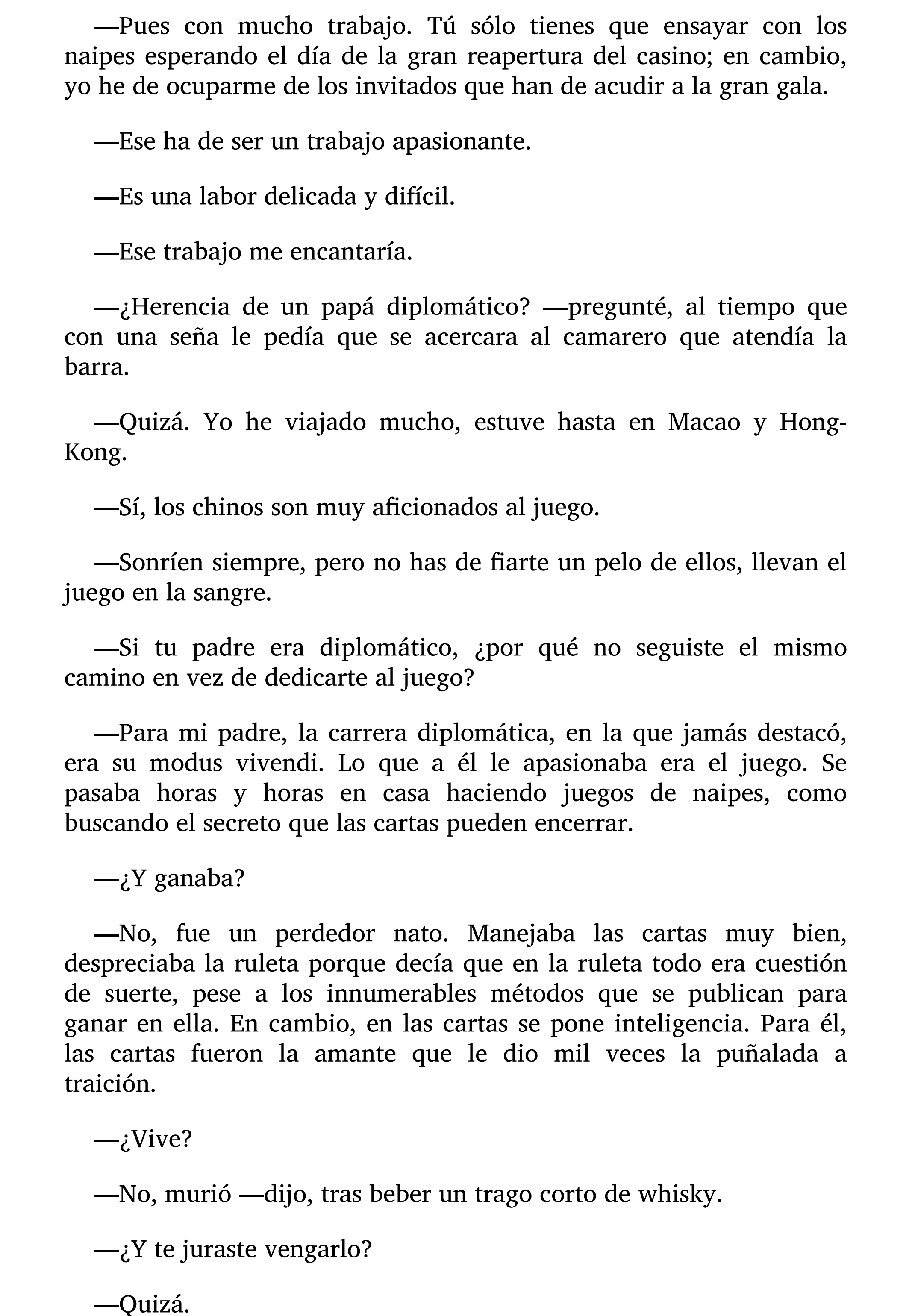
—Sí. Creí que al contratarme ya sabían aquí cómo era yo.

—Seguramente. Es muy posible que el propio Hugo te hubiera estado observando atentamente en el casino donde tú trabajas antes de ser contratada por Benotti y luego te hicieron el fichaje.

—Nada de trucos, me ha exigido. —Impostando la voz, añadió—: Nada de trucos. Si se pierde, las pérdidas las asume el casino. Lo más importante es no perder la confianza de los clientes, porque aunque alguien gane, terminará vomitando todo lo que se ha tragado. Los jugadores ganadores son nuestro mejor cebo para que piquen otros. Después de todo, ellos siempre terminan devolviéndonos lo que se han llevado. Por supuesto, tampoco hay que perder en exceso. Si vas perdiendo demasiado en nombre del casino, haces la seña clave y te enviaré un sustituto, esa es nuestra norma

—La norma de todos los casinos de juego que tienen personal suficiente —objeté.

—Bueno, ya pertenezco a la plantilla. Y a ti, ¿cómo te va?



—Pues con mucho trabajo. Tú sólo tienes que ensayar con los naipes esperando el día de la gran reapertura del casino; en cambio, yo he de ocuparme de los invitados que han de acudir a la gran gala.

—Ese ha de ser un trabajo apasionante.

—Es una labor delicada y difícil.

—Ese trabajo me encantaría.

—¿Herencia de un papá diplomático? —pregunté, al tiempo que con una seña le pedía que se acercara al camarero que atendía la barra.

—Quizá. Yo he viajado mucho, estuve hasta en Macao y Hong-Kong.

—Sí, los chinos son muy aficionados al juego.

—Sonríen siempre, pero no has de fiarte un pelo de ellos, llevan el juego en la sangre.

—Si tu padre era diplomático, ¿por qué no seguiste el mismo camino en vez de dedicarte al juego?

—Para mi padre, la carrera diplomática, en la que jamás destacó, era su modus vivendi. Lo que a él le apasionaba era el juego. Se pasaba horas y horas en casa haciendo juegos de naipes, como buscando el secreto que las cartas pueden encerrar.

—¿Y ganaba?

—No, fue un perdedor nato. Manejaba las cartas muy bien, despreciaba la ruleta porque decía que en la ruleta todo era cuestión de suerte, pese a los innumerables métodos que se publican para ganar en ella. En cambio, en las cartas se pone inteligencia. Para él, las cartas fueron la amante que le dio mil veces la puñalada a traición.

—¿Vive?

—No, murió —dijo, tras beber un trago corto de whisky.

—¿Y te juraste vengarlo?

—Quizá.

—¿Y tu madre?

—No Ia recuerdo. Abandonó a mi padre cuando yo era muy niña.

—¿La odias?

—No, ella… —Volvió a beber del vaso, sin apurarlo, y no terminó lo que iba a contarme.

Preferí no interrogarla, no era lo adecuado. Entonces, se me ocurrió una idea que al instante consideré genial.

—¿De veras te gusta el trabajo de relaciones públicas?

—Sí, mucho.

—En tu corta vida de croupier habrás conocido a mucha gente interesante, ¿verdad?

—Sí, claro, pero una croupier, una profesional de las cartas empleada en un gran casino, no habla nunca con los clientes.

—Sí, ya lo sé, pero tú conocerás a muchas personas aunque sólo sea de vista, ¿no?

—Sí; no obstante, éste es mi primer empleo en un casino importante.

—Como hablas varios idiomas y además eres muy bonita y elegante, podrías colaborar conmigo.

—¿De veras? —preguntó, y sus ojos verdes se iluminaron.

—Lo que no sé es si Benotti aceptará.

—De momento, tú se lo propones.

—Sí, lo haré; déjalo de mi cuenta.

—Dile que no pediré ni un céntimo extra por ese trabajo.

—Seguro que esa observación de tu parte facilitará las cosas, aunque ya no viene de unos céntimos.

—Si Benotti acepta, palabra que te ayudaré y mucho, no quedarás descontento.

—Te advierto que quizá tenga que hacer viajes rápidos y muchas y pesadas llamadas telefónicas hasta localizar a los personajes que me interesan.

—Seré tu secretaria las veinticuatro horas del día —levantó la mano mostrándome su limpia palma—. Palabra.

—Ahora hablemos de otras cosas —te dije, cuando a quien controlaba el hilo musical se le ocurrió subir el volumen, justo cuando sonaban piezas rítmicas, muy trepidantes, lo que no facilitaba en absoluto la conversación.

—Tengo la impresión de que deseas que vayamos a otra parte —dijo Armonía.

La miré a los ojos y me parecieron altamente felinos, sí, lo eran, hipnotizaban.

—Gata.

--¿Qué?

—Sí, vamos a otra parte —dije, como si ella no hubiera oído que yo acababa de llamarla gata.

CAPITULO V

Claudia era otra de las croupiers contratadas por el casino de juego, y ella era la veterana de las mujeres empleadas para tal fin.

Cultivaba Claudia un fuerte acento francés que no era natural en ella, un acento artificial y forzado adquirido durante los dos años que en su adolescencia viviera en París.

—¿Puedo compartir el bungalow contigo? --fe había preguntado Armonía Hyman.

—Me gusta más estar sola.

—Bueno, si no quieres...

Claudia acabó encogiéndose de hombros. Sin moverse de la butaca en que estaba encajada, le dijo:

—Puedes entrar tus maletas, pero compartiremos todos los gastos a medias.

—Naturalmente.

A Armonía no acabó de agradarle del todo su compañera. Era casi tan alta como ella pero más maciza. Rubia, de cabellos gruesos y duros, al tener que llevarlos cortos según las normas del casino a las que debían someterse las mujeres que servían el juego a los clientes, había optado por rizárselo. No eran rizos afro, más parecían cables enroscados.

Claudia era el tipo de mujer que, al levantarse por la mañana, era lo más parecido a una bruja, pero cuando llegaba la noche, tras pasarse una hora frente al tocador, cambiaba de aspecto hasta aparecer hermosamente tentadora, máxime a la luz artificial de la sala de juego. Ella sabía muy bien esto y optaba por pasarse la mañana durmiendo. No salía más que por Ia tarde y si lo hacía antes, era ocultando su cara tras unas monumentales gafas de sol que cubrían sus ojitos diminutos pero vivaces.

—¿Qué te ha dicho Hugo? — preguntó.

Armonía hizo un gesto despectivo; no quería dárselas de hacerlo muy bien, porque sabía que con ello podía ganarse de entrada a una enemiga más que compañera en la casa.

—Que no lo hago mal del todo.

Claudia se rió con carcajada lenta y cascada, como si se hubiera pasado la noche chupando de una garrafa de ginebra, a la que hubiese adaptado un chupete de goma comprado en cualquier farmacia.

—Es un hijo de puta. Ándate con cuidado con él, a mí me quiso pasar por la piedra.

—¿Y lo consiguió? — preguntó Armonía, con naturalidad.

—Nena, yo me acuesto con quien me da la gana, no con quien pretenda obligarme a ello.

—Sí, la cama puede ser un gran placer o una tortura, todo depende del tipo que se acueste contigo.

—No me las doy de estrecha, ¿sabes? Pero Hugo es un hijo de puta, ya le irás conociendo.

—Gracias, compañera, mantendré la vigilancia —fe respondió Armonía. Miró a Claudia y se dijo que resultaba casi imposible adivinarle la edad.

Claudia no se prestó lo más mínimo a ayudar a la que iba a ser su compañera. Esta tuvo que entrar las maletas sola y trasladarlas a la alcoba que quedaba libre, una estancia pequeña y estrecha.

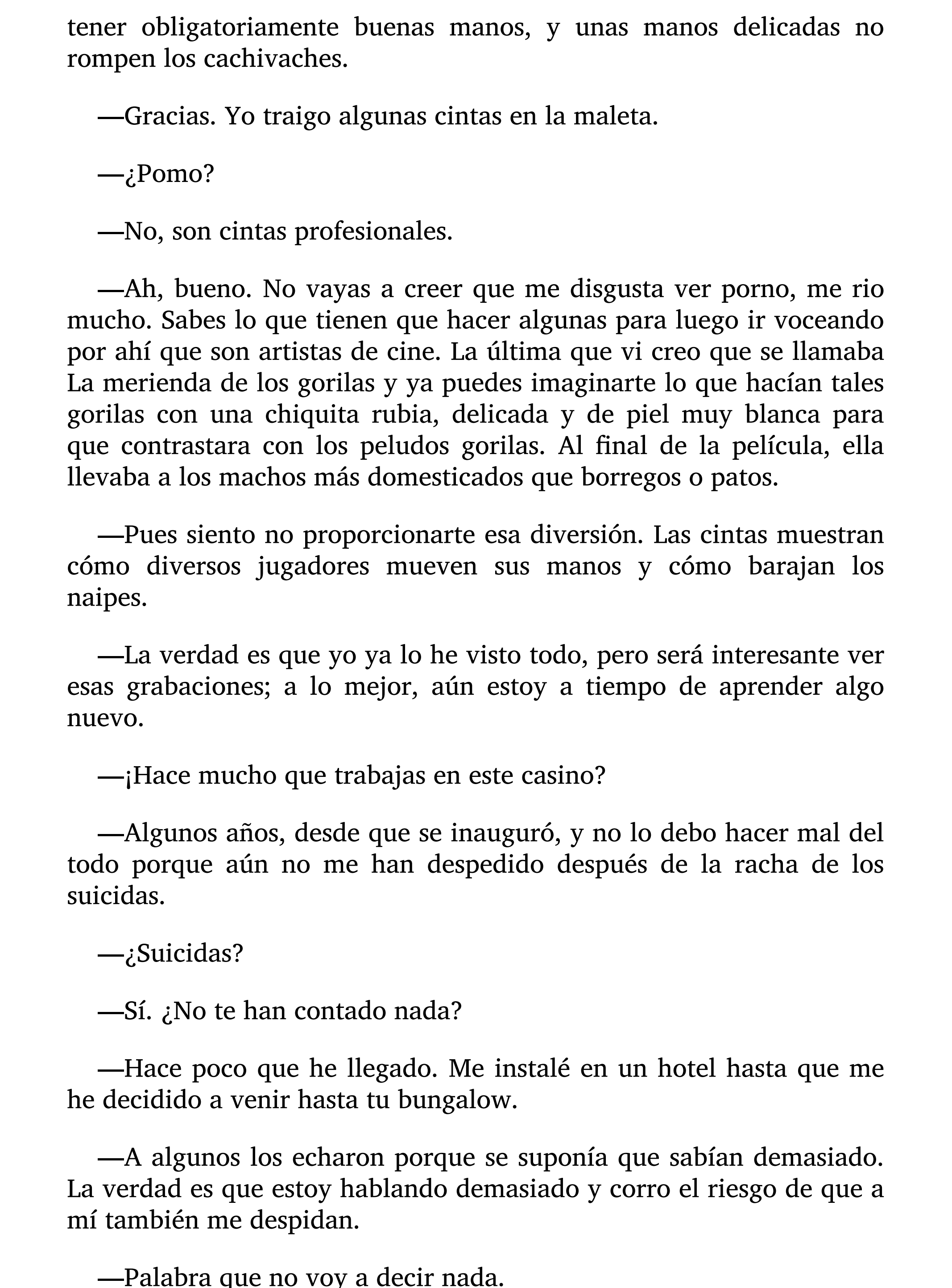
Armonía se dijo que la salita compensaba. Había sido construida a dos niveles, tenía chimenea-hogar y un televisor a color de veintidós pulgadas con video, que al parecer era propiedad de Claudia.

—Magnífico —dijo Armonía, tratando de congraciarse con la que iba a ser su compañera, lo cual no parecía tarea fácil.

—Es mío, no vayas a pensar que pertenece al mobiliario del bungalow.

—Oh, sí, claro. Si quieres que me compre otro para no tocarlo...

—Puedes usarlo, no seas idiota. Una profesional de los naipes ha de


tener obligatoriamente buenas manos, y unas manos delicadas no rompen los cachivaches.

—Gracias. Yo traigo algunas cintas en la maleta.

—¿Pomo?

—No, son cintas profesionales.

—Ah, bueno. No vayas a creer que me disgusta ver porno, me rio mucho. Sabes lo que tienen que hacer algunas para luego ir voceando por ahí que son artistas de cine. La última que vi creo que se llamaba La merienda de los gorilas y ya puedes imaginarte lo que hacían tales gorilas con una chiquita rubia, delicada y de piel muy blanca para que contrastara con los peludos gorilas. Al final de la película, ella llevaba a los machos más domesticados que borregos o patos.

—Pues siento no proporcionarte esa diversión. Las cintas muestran cómo diversos jugadores mueven sus manos y cómo barajan los naipes.

—La verdad es que yo ya lo he visto todo, pero será interesante ver esas grabaciones; a lo mejor, aún estoy a tiempo de aprender algo nuevo.

—¡Hace mucho que trabajas en este casino?

—Algunos años, desde que se inauguró, y no lo debo hacer mal del todo porque aún no me han despedido después de la racha de los suicidas.

—¿Suicidas?

—Sí. ¿No te han contado nada?

—Hace poco que he llegado. Me instalé en un hotel hasta que me he decidido a venir hasta tu bungalow.

—A algunos los echaron porque se suponía que sabían demasiado. La verdad es que estoy hablando demasiado y corro el riesgo de que a mí también me despidan.

—Palabra que no voy a decir nada.

—Eso es lo que se dice siempre y luego… Por cierto, ¿traes tabaco? Ayer no me acordé de comprar.

—Oh, sí.

Armonía le proporcionó tabaco y fuego, ya que Claudia no se molestó ni en reincorporarse en la butaca. Posiblemente, hada muchos años que en su vida ordinaria no hada otra cosa que barajar las cartas.

Sus manos aparecían impecables; no debía lavar ni un vaso en el que hubiera tomado un refresco.

—En todos los casinos hay suicidas de cuando en cuando —comentó Armonía—, Tipos que han pedido demasiado, quizá todo o lo que no era suyo. Lo soportan mal y se van al otro mundo por propia voluntad.

—Sí, pero los encuentran.

—Lógico.

—No tan lógico, aquí no los encuentran.

—Si no los encuentran, ¿cómo sabes que se suicidan?

—No soy tonta, ¿sabes? Da esa puñetera casualidad. Yo veo que un tipo que llevaba mucho dinero pierde hasta la camisa. Luego, al cabo de dos, tres, cuatro días o una semana, aparece la policía y te enseña su foto porque resulta que ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

—Sí. Lógicamente, cuando la policía pregunta, no se le puede decir que perdió mucho. Se le responde que sí, que se le vio por el casino. Después de todo, al final siempre se acaban enterando de que ha estado, hay más testigos. Llegan a venderse joyas, bonos, acciones, escrituras, y una nunca sabe lo que el tipo ha hecho. Lo mejor es responder que sí, pero que no te acuerdas de nada. Hay que atender a muchos clientes cada noche, y como la mayoría pierden…

—¿Y la policía acaba encontrándolos?

—Que yo sepa, hasta ahora, no.

—¿Y sabes por qué?

—No. Se supones que, arruinados, cogen el coche y al pasar por los acantilados aprietan el acelerador. Buscan un hueco entre los *guard-rails* y, ¡hale!, abajo. El mar se los traga.

—Los coches caídos en los acantiladas suelen ser descubiertos por la policía.

—No siempre.

—Tengo la impresión de que tú sabes algo más sobre esos suicidios.

—No es bueno irse de la lengua, pequeña. Un casino con muchos suicidas es un casino con mala suerte y eso se acaba sabiendo. Entonces el negocio se hunde porque acude menos gente. Benotti estaba muy preocupado en los últimos tiempos. La policía había venido preguntando demasiadas veces sobre lo mismo.

—¿Se publicó algo?

—No. Se ve que un reportero quiso publicar algo y a Benotti le costó taparle la boca con plata. Luego debió consultar con los accionistas y le dieron carta blanca para la «Operación Reforma». Había que decorar de nuevo el casino, darle un aire distinto y un tiempo de tranquilidad. Posiblemente ahora tratarán de captar nueva clientela. He oído que quieren ir a por los peces gordos, los que vienen con la tarjeta dorada de la American Express.

—Sí, parece que va a quedar muy elegante.

—Esta vez van a dejar de lado a los empleadillos de banco. Entrada cara y fichas de mucho precio, sólo aptas para los poderosos. A mí me da lo mismo mientras den buenas propinas.

—Si la renovación del casino sirve para ganar más dinero...

—No siempre es así. Esos tipos con dinero te hacen sudar sangre y cuando ves que por tu culpa el casino pierde millones, se te hiela el entrepiernas. Eso sí, hay menos gente; los jornaleros que acuden a ganarse el sustento del día, casi desaparecen.

De pronto, Armonía preguntó:

—¿Y ninguno de esos supuestos suicidas se mató aquí, en el casino?

—Hay un policía de la Brigada del Juego llamado Marco que se huele algo.

—¿Y qué es lo que huele el sabueso?

—No lo dice, pero ha estado merodeando mucho por el casino.

Llevo años en la profesión y una cara no se me despinta aunque la vea de lejos.

—Menos mal que no es un policía de la Brigada de Homicidios.

—Jolín, nena, tú ya te metes con el asesinato.

—¿Asesinato? Yo no he dicho tal cosa —replicó Armonía, que por unos instantes temió caer en una trampa. Claudia podía ser capaz de todo.

—Tú has mencionado a la Brigada de Homicidios.

—Tú estás hablando de gente desaparecida, de supuestos suicidas, y eso corresponde a la Brigada de Homicidios, ¿no?

—¿De veras no sabes nada de todo este asunto?

—¿Yo? ¿Por qué tenía que saber algo?

—No sé, quizá estás aquí infiltrada.

—Oye, si continúas así me largo a otra parte.

—Está bien, está bien. Anda, sírvete un scotch, es del bueno, invito yo y sírveme otro a mí. No me hagas mucho caso, soy un poco puñetera, ¿sabes? He vivido más de lo que supones y no quiero ahora hundirme en la mierda. Te acabaras acostumbrando a mí, seguro.

Armonía lo puso en duda.

—De acuerdo, trataré de acostumbrarme —dijo, convencida de que Claudia sabía más sobre los desaparecidos que la policía continuaba buscando infructuosamente y que Armando Benotti trataba de cubrir con una renovación del gran casino.

CAPITULO VI

La noche anterior me despedí de Armonía Hyman después de la cena, de forma tal que lo pudieran observar los demás empleados del gran casino.

La dejé en compañía de Claudia que, rada más conocerme, se mostró obsequiosa y delicada, con un lenguaje muy refinado. A aquella hora de las nueve de la noche, hasta llegué a opinar que era hermosa, no tanto como Armonía, eso estaba claro, especialmente porque del lado de Armonía estaba una juventud que, sin ser adolescencia, creaba un tajo de bastantes años de separación entre ¡as dos mujeres.

La diferencia de edad entre ambas rallaría los veinte años y si no llegaba a los cuatro lustros, poco faltaría; pero era obvio que cualquier hombre, aunque tuviera gustos delicados respecto a las féminas, podía pedirle a Claudia un rato de compañía o mirarla y desnudarla en su mente para que la fantasía hiciera el resto.

—Aún tengo mucho trabajo que hacer esta noche —Íes había dicho.

Armonía se comportó conmigo con una exquisita naturalidad.

Claudia, al estrechar mi mano, la retuvo en la suya todo lo que pudo, como transmitiéndome sus secretos deseos a través de su palma al tiempo que me daba un par de besos en la mejilla.

Sabía que Benotti, el capo como algunos le llamaban dentro del casino entre cuchicheos, no debía siquiera imaginar que Armonía y yo éramos amantes, porque ello impediría que aceptase que la muchacha colaborara conmigo. Si luego el roce creaba algo más entre los dos, ya sería cosa muy diferente.

Tuve la impresión de que otros empleados del casino, a los cuales yo ya conocía por las fotografías de sus fichas, empezaban a comentar entre gruñidos la suerte que yo tenía.

Ciertamente, trabajé hasta las tres de Ia madrugada, elaborando

listas y más listas. Lo que tachaba en una lo añadía a otra y viceversa.

No resultaba tarea fácil reunir un grupo selecto de personajes famosos que, al mismo tiempo una vez juntos, pudiera contactar entre sí amigablemente.

Había que evitar que los invitados se disgregaran en pequeños grupos y se creara un ambiente de frialdad general, que lógicamente desluciría la fiesta. Y en aquella gran gala no cabía invitar como recurso, para entrar en calor, a una «loca» o a un par de tipos apayasados.

Me sentía cansado pero despejado. Bullían demasiadas cosas en mi cabeza para poder conciliar el sueño con naturalidad. Por otra parte, de base, yo rechazaba los somníferos.

Fui al lavabo y, tras aliviar mi vejiga, me sentí mejor. Dejé correr el agua fría en el lavamanos y enjuagué mi rostro aun a sabiendas de que aquello me despejaría más, pero estaba dispuesto a salir a dar un paseo nocturno si no llegaba a conciliar el sueño.

Me observé en el espejo.

Todavía era lo que se podía considerar un hombre joven y poseía abundancia de cabellos color castaño rojizo, algo rizado sobre la frente y debajo del cogote. Llevaba una barba corta y bigote, bien perfilados ambos, lo que ayudaba a darme cierto aire luciferino que, por lo visto, encantaba a las damas, especialmente acompañado del brillo vivaz de mis ojos, donde destacaba un blanco ligeramente azulado en el que se movían las pupilas casi rojizas, unas pupilas que, según me habían hecho observar, sabían expresar sentimientos, hasta reír, burlarse o casi llorar.

Por la carta de una rumano-francesa, según la cual no había podido olvidarme, llegué a saber que mi mejor momento era cuando hacía el amor junto a la chimenea donde los leños ardieran con llama viva, llamas que se reflejaban en mis ojos en esos momentos en que yo entreabría la boca y mostraba los dientes, que destacaban blancos entre el bigote y la barba.

Deduje entonces que las mujeres tenían una gran capacidad para amar al mismísimo Lucifer.

Entre el diablo y un santo, sin que nadie se llegase a enterar, ellas escogían al diablo. ¿El porqué de su masoquismo? No lo sé y no lo averiguaría jamás, precisamente porque yo era un hombre; pero como

me convenía, busqué la reverberación del fuego en mis pupilas siempre que estuviera a solas con una mujer hermosa.

De pronto, frente al espejo donde se reflejaba mi torso desnudo, de amplia caja torácica, tuve la sensación de que no estaba solo y de que me envolvía una oleada de aire frío y húmedo.

Fue como si acabara de abrirse alguna puerta en el bungalow, lo que me parecía imposible, pues estaba seguro de haber cerrado la puerta y todas ¡as ventanas que daban al exterior y la calefacción funcionaba bien.

Salí del cuarto de aseo y recorrí los cuatro pasos que tenía el pequeño corredor que más bien podía considerarse un distribuidor. Dejaba el cuarto de aseo a mi espalda y a derecha e izquierda, respectivamente, se abrían las dos habitaciones de que constaba el bungalow.

En la sala, a oscuras, allí estaba él...

«Dios, es un espectro», me dije.

No supe si las palabras llegaron a brotar de mis labios.

Se hallaba frente a mí, de espaldas a la puerta. Era una figura humana, sin duda alguna, iluminada desde su interior como si fuera fosforescente.

Carecía de piel, de rasgos físicos, y era como si estuviera viendo directamente sus órganos internos en funcionamiento.

En medio de la oscuridad que lo envolvía todo excepto a él, destacaban sus ojos, unos ojos que se habían clavado en mí.

No era fácil aguantar aquella aparición a las tres de la madrugada. Sentí un ligero cosquilleo en las raíces de los cabellos y tuve la impresión de que se me erizaban. Era una sensación superior a mí y que no conseguía dominar.

Aquel espectro semejaba tener fuego dentro; sin embargo, de él se desprendía un aire frío y húmedo que lograba anular la calefacción del bungalow.

-—¿Qué es lo que quieres? —llegué a preguntarle, procurando que mi voz no fallara.

No quería demostrar que aquel ser, sin duda de otro mundo al que yo no pertenecía, me producía auténtico terror. Era fácil, muy fácil decir «Yo no tengo miedo», pero cuando uno se encuentra solo en la noche y frente a un ser cuyo aspecto inspira terror y honda repugnancia, los instintos se desatan.

Como respuesta, comenzó a gruñir con una voz hueca que sonaba como un terremoto a gran distancia. No entendía nada. De súbito, un mueble aparador que estaba a mi derecha y sobre el que yo había depositado varios libros, comenzó a botar hasta que, con gran estrépito, se partió por la mitad.

Una butaca comenzó a girar sobre sí misma, se elevó y salió por la ventana, destrozándola. Tuve la impresión de que las paredes se movían y parte del techo se me venía encima.

—¡Basta, basta! —grité, con una inesperada sensación de vértigo que lo hada girar todo a mi alrededor.

Fui dando bandazos de una pared a otra como si me hallara a bordo de un yate de vela en medio de un tifón.

En una acción desesperada, me lancé contra el espectro para abatirlo con mi empuje, pero no hallé ninguna resistencia. Caí al suelo y de aquellos instantes, no recuerdo nada más.

Sentí un intenso dolor en las sienes y me precipité en un abismo sin fondo, negro como un cielo sin sol, sin estrellas, sin luna, sin vida.

No recuerdo haber sonado nada, absolutamente nada.

Cuando volví a abrir los ojos, Ia luz del día se filtraba entre las persianas que protegían las ventanas por su parte exterior.

Lo que entonces descubrí a un palmo de mi cara, frente a mis ojos, fue como una patada de angustia en mi hígado que me hizo saltar hacia atrás y la verdad es que no sé cómo lo hice.

Allí estaba el maldito dedo cercenado, un dedo humano hinchado y en descomposición que parecía señalarme como una alimaña mortífera.

Me arrodillé, Aspiré el aire con fuerza para llenar mis pulmones y luego lo expulsé lentamente para así serenarme y conseguir ser dueño de mí.

Mi cuerpo estaba frío, casi helado. Había estado durmiendo con el torso desnudo, pues sólo me cubría con el pantalón del pijama. Por suerte para mí, la calefacción había estado funcionando durante toda la noche, pero a pesar de ello estaba aterido, helado.

Tras haber conseguido dominarme, me incliné lentamente sobre aquel dedo como si temiera que, de un instante a otro, comenzara a moverse.

Fue entonces cuando descubrí que, casi debajo de la piel hinchada y putrefacta, había un anillo, un sencillo anillo de aro que podía significar mucho.

Lo observé con infinita repugnancia; estaba seguro de que aquel día no podría comer carne.

Fui en busca de unos klínex con que envolverlo, ya vería luego la forma de encontrar alguna bolsa o caja de plástico para guardarlo, aunque sabía que lo más sensato era arrojarlo a la basura.

Cuando hube guardado el dedo en una cajita de cartón, previamente envuelto en un klínex, fue cuando me di cuenta de que nada en el bungalow estaba roto y, sin embargo, yo podía jurar que lo había visto destrozarse todo.

De pronto sonó el teléfono y fue como un cañonazo en mis oídos. ¿Cómo podía sorprenderme el timbrazo del teléfono cuando yo estaba tan habituado a él que casi parecía un apéndice más de mí mismo?

En realidad, la lista de invitados aún no se había puesto en marcha. Cuando ese momento llegara, con un par de líneas telefónicas seguramente no tendría bastante para atender a las llamadas.

Descolgué por si era Armando Benotti.

—Dany, Dany...

—Armonía.

—¿Te encuentras bien, Dany?

Quedé tan sorprendido que me costó reaccionar. ¿Cómo sabia ella que yo lo había pasado tan mal?

CAPITULO VII

—¿De veras cree que le va a hacer falta?

—Sí. Voy a tener mucho trabajo con las invitaciones y esa mujer sabe cuatro idiomas y ha pateado las principales ciudades del mundo pese a su juventud, porque su padre fue diplomático.

—¿Y no sería mejor contratar a una relaciones públicas profesional?

—Pues, no — repliqué.

Me hallaba junto a Armando Benotti observando cómo tapizaban algunas de las paredes del salón pequeño en fucsia y oro, a sabiendas de que por el tono de voz que empleábamos, un tono confidencial, (os decoradores y pintores no llegaban a entendemos.

—¿Por qué no?

—Eso sería tanto como contratarla en forma fija. A Armonía sólo la tendría unos días y luego se incorporaría a su puesto en la sala de juego. Como ya está cobrando un sueldo, no costaría más que algunas posibles dietas de viajes, si es que llega a hacerlos. La tomaría como secretaria por unos días.

—Es que no es prudente que una empleada de la sala de juego tenga demasiado contacto personal con tas posibles clientes.

—Me parece incapaz de cometer un desliz que podría costarle luego el empleo.

—Está bien, tómela como secretaria. Después de todo, como está unos meses a prueba según estipula el contrato, si luego se permite algunas libertades que a los jefes de juego les parecen inoportunas, la despediremos.

Se lo conté a Armonía tal como me lo había dicho Benotti. Me escuchó en silencio, fumándose un cigarrillo que había tomado de mi pitillera.

—Pese al peligro, acepto.

—Me alegro por los dos. Seguro que no fallarás, y no es que tema por ti cuando colabores conmigo.

—¿Ah, no, estás seguro de que lo haré bien?

—Sí, seguro, y espero que seas suficientemente inteligente como para no usar luego de tus relaciones sociales, cuando ya sólo seas la empleada de la sala, la croupier o la hábil manejadora de cartas que hace volar los naipes por delante de las narices de sus víctimas.

—No te preocupes, no perderé el empleo. Si te echan de un casino, ya es difícil que te acepten en otro.

—Todavía no me has contado cómo supiste que me encontraba mal —le pregunté, tras detener el automóvil en una especie de mirador al mar, a los acantilados. No había allí ningún otro coche detenido y por la carretera circulaban pocos vehículos para su tráfico habitual.

Armonía no tenía prisa en responder.

—Fumas demasiado —le dije cuando ella perdía la mirada de sus envolventes ojos verdes hacia la línea ligeramente curva del horizonte marino.

—Cuando trabajo en el casino ya sabes que no me está permitido fumar. Los empleados de juego, los croupiers, parecemos fríos e indiferentes, pero no lo somos.

—Ahora, para ti, son como unas vacaciones.

—Sí, como unas vacaciones. ¿Cuándo será la reinauguración?

—La fecha no está decidida aún. Una equivocación en la elección del día y todo puede irse al carajo.

Suspiró largamente y explicó:

—Verás, yo tengo lo que algunos llaman facultades paranormales.

—¿Una bruja? —pregunté, irónico.

—No, no, yo no hago conjuros contra nadie, puedes creerme —me dijo sonriente, como disculpándose de alguna posible falta cometida.

—Bueno, yo nunca he creído en esas cosas. La verdad es que me he

apasionado poco por ellas, pero...

—No te burles jamás de lo que no entiendas.

—Comprendo. Estar ciego no es suficiente para negar la existencia del sol.

—Ajá. Lo que no se entiende o lo que no se ve, no siempre se puede negar.

—La postura de la duda es más sensata.

—Bien, Dany, lo que tú quieres es saber cómo supe que lo estabas pasando mal.

—Ya me has dicho que eres un poco bruja.

—No he dicho eso exactamente.

—¿Qué más da?

—Esas sensaciones a distancia no las controlo, no las capto cuando yo quiero.

—Me preocupaste mucho porque, efectivamente, lo pasé mal.

—Yo estaba durmiendo. Tuve una pesadilla y te vi acosado por una especie de espectro.

Palidecí. Me di cuenta de ello y también observé que ella lo notaba.

—He acertado, ¿verdad?

—De modo que eres telépata...

—Sólo en ocasiones inesperadas e incontroladas, ya te lo he dicho; lo que quizá sí tengo es cierta sensibilidad para la hiperestesia.

—¿Hiperestesia?

—Sí. Estando cerca de una persona capto muchas cosas de ella, estado de ánimo, inquietudes y casi lo que piensa.

—Podías haberte dedicado al espiritismo.

—Si te refieres a que podía haber sido una excelente médium, la verdad, no me interesa. Sé que acaban esquizofrénicas.

—Bueno, aún eres muy joven.

—No pienso dedicarme a ese asunto. Rechazo el espiritismo como doctrina y tampoco voy a pregonar los fenómenos que me suceden para que los parapsicólogos caigan sobre mí como una plaga de langosta.

—¿Y no corres un riesgo a! contármelo a mí?

—No, porque tú estás en problemas.

—Vaya… ¿Y por qué crees que tengo problemas?

—Lo ignoro, eso tendrás que contármelo tú.

Quedé dubitativo mirando el mar a través de los cristales del automóvil. Desde donde estábamos no se oía ni el rumor constante del oleaje.

—Voy a confiar en ti, Armonía.

Puse en marcha el coche y no pronuncié una sola palabra hasta regresar a mi bungalow. Ella respetó mi silencio. Una vez encerrados en el bungalow, señalé la caja de cartón que saqué de un cajón y le dije:

—Aquí está la prueba de lo que me sucede no son alucinaciones. De no ser por lo que contiene esta cajita, tendría que ir a visitar a un psiquiatra.

—Entonces, ¿crees que el espectro que viste era auténtico?

—Sí. Lo que me sucedió, ya no sé si era real o no; bueno, creo que no. Ese espectro influye en mi cerebro creándome una fantasía trágica y terrible, no sé cómo expresarlo. Tuve la impresión de que todo se destrozaba a mi alrededor, de que incluso me caía el techo encima.

—¿Quieres decir que luego todo estaba en su sitio?

—Sí.

—Entonces fue una alucinación.

—Sí, lo admito, pero quedó lo que hay dentro de esta caja. Además, la historia no comienza aquí, sino que todo empezó cuando yo daba un paseo a mi llegada al casino y tenía que entrevistarme con Benotti.

Le conté todo lo que me había sucedido, incluso mi encuentro con el jardinero Bernard, del cual no había hablado a nadie.

—Es muy extraño lo que me cuentas. He oído muchas sucesos extraños, pero el tuyo es muy especial y, por lo que parece, este problema sólo ha hecho que comenzar. '

—¿Comenzar? —repetí, más preocupado aún, sin atreverme a abrir la caja para no provocar las náuseas de Armonía..

—Bueno, quizá me he pasado —opinó, mirándome con una sonrisa en sus pupilas verdes que me atrajeron como si ella fuera imantita y yo, limaduras de hierro.

—Te confesaré que no creo que tú seas la persona más adecuada para intervenir en este asunto y sacarme de semejante atolladero.

—¿En quién podrías confiar, entonces? ¿En alguno de esos individuos que a á mismos se llaman parapsicólogos y que han encontrado su modus vivendi escribiendo en revistas o hablando por la radio?

—¿Todos son falsos?

—No, claro que no, pero algunos son auténticos zorros. Si hablan poco de paranormalidad, se ponen a escribir horóscopos o lo que se presente.

—¿No crees que hay algunos serios?

—Sí, pero ésos son los que trabajan y no buscan la auto-promoción publicitaria Bueno, habría que hablar mucho sobre todo eso, yo he tenido roce con alguno.

—¿Y en quién crees que podríamos confiar?

—No lo sé. Antes te he dicho que estabas en los comienzos y creo que me he pasado.

—¿Por qué?

Estaba muy interesado en lo que ella pudiera decirme. Por de pronto, me había demostrado su capacidad de captar mi pensamiento, mi sufrimiento a distancia, y eso era ya una tarjeta de garantía para mí, aunque quizá luego resultase que no supiera interpretar aquellos mensajes, si es que podía interpretarlos como tales.

--Lo que sucede en esa cripta debe venir ocurriendo desde hace tiempo. Tú has llegado a este lugar y algo se ha removido.

—¿De verdad crees que puedo aceptar que haya muertos vivientes tras la puerta de esa cripta, cerrada con un candado?

—Un candado se puede quitar. Además, ¿y si todo se tratara de una broma?

La posibilidad de que fuera una broma me sorprendió, yo no había llegado a verlo desde ese punto de vista. Si era una broma, me prometí a mí mismo ser quien más se riera de ella, aunque hubiera sido hecha a mi costa.

—Todo podría ser un montaje.

-—¿Con qué objeto?

—No lo sé. Me pides respuesta y yo sólo conozco los hechos a través de lo que me has contado.

—¿Quieres ver el dedo?

Ella, como respuesta, formuló otra pregunta:

—¿Eres valiente?

—Bueno, tu pregunta antes podía haberme ofendido, pero después de lo que me ha sucedido, puedo decir que soy tan normal como cualquier otro ser humano, es decir, ahora ya sé lo que es el miedo; claro que eso no lo diría delante de algunas personas, porque lo interpretarían a su manera.

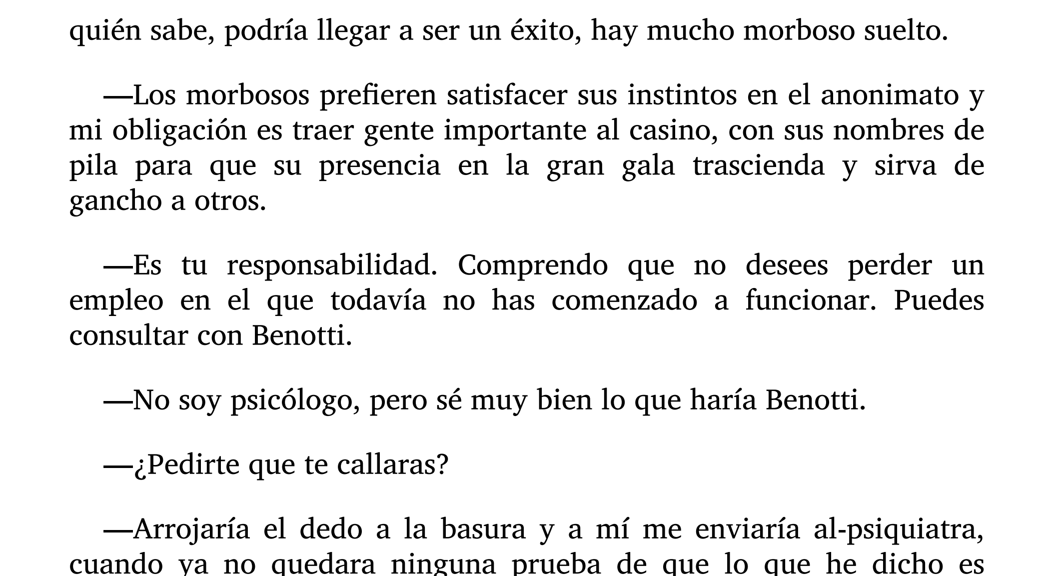
—Entiendo. Para esos personajes, lo normal en un hombre es no tener miedo, lo cual es falso. Al preguntarte si eres valiente me refería a entregar el dedo a quien corresponda, pese á los problemas que ello te pueda ocasionar.

—Si me pides que lo entregue a la policía, es demasiado.

—¿Por qué?

—Si la policía llega al casino para investigar de dónde ha salido el dedo, la noticia se filtra y algún periodista la capta y la publica, ¿te imaginas lo que ocurriría?

—Entiendo. Posiblemente, la reinauguración sería un fracaso. O,



quién sabe, podría llegar a ser un éxito, hay mucho morboso suelto.

—Los morbosos prefieren satisfacer sus instintos en el anonimato y mi obligación es traer gente importante al casino, con sus nombres de pila para que su presencia en la gran gala trascienda y sirva de gancho a otros.

—Es tu responsabilidad. Comprendo que no desees perder un empleo en el que todavía no has comenzado a funcionar. Puedes consultar con Benotti.

—No soy psicólogo, pero sé muy bien lo que haría Benotti.

—¿Pedirte que te callaras?

—Arrojaría el dedo a la basura y a mí me enviaría al-psiquiatra, cuando ya no quedara ninguna prueba de que lo que he dicho es cierto.

—Por tus palabras, deduzco que no quieres desprenderte de ese dedo.

—Es la única prueba de que lo que me sucede no es una alucinación pavorosa sino una realidad, aunque todo llegue a tratarse de un montaje, ignoro con qué objeto,

—Entonces, no quieres que el dedo desaparezca.

—Sí, pero no me atrevo ni a mirarlo y lleva un anillo.

—¿Por qué no lo vemos?

Comprendí que debía mostrárselo, o ya no estaría seguro de que ella habría de creerme.

Abrí la caja con cuidado y repugnancia. Al fin, el dedo quedó al descubierto y lo primero que opinó Armonía fue:

—Es nauseabundo.

—Ya te lo he dicho.

—Iré a buscar un cuchillo a la cocina.

Aguardé a que regresara.

Con un cuidado más propio de un cirujano, Armonía fue quitando

el anillo de aquel dedo corrompido que poco podía decir ya de a mismo, pues las crestas papilares estaban destruidas; no obstante, habría de servir para identificar al cadáver que le faltara aquel dedo.

—Ya está —exclamó, apartando el anillo con la punta del cuchillo.

Introdujo luego la punta de la hoja en el aro y elevándolo en el aire sin tocarlo, casi como un trofeo de batalla, se dirigió con él al cuarto de aseo. Yo la seguí.

Armonía, todo cuidado, toda exquisitez, toda sensual y curva, pues la estaba observando por la espalda y podía darme perfecta cuenta de la estrechez de su cintura que luego se ensanchaba voluptuosamente en las caderas, lavó el anillo con jabón, lo mismo que el cuchillo. No se arriesgó a tocarlo hasta que estuvo bien enjuagado.

—No cabe duda, es una alianza de matrimonio.

—Eso me pareció a mí —repetí casi como un tonto, dejándole la iniciativa a ella—. Aquí dice: «J. B. - A. M. 1972.»

—¿Crees que podría ser la fecha de la boda?

—Es lo más probable. En un arito de oro no se puede escribir mucho más.

—¿Y qué podemos averiguar con esas iniciales, si por estas tierras ni tú ni yo conocemos a nadie? Además, esa fecha tampoco está tan lejana en el tiempo, sólo han pasado algo más de un par de lustros.

—Es cierto.

—No obstante, se puede averiguar a quién pertenece.

—¿Cómo?

—¿Te han contado algo sobre los suicidas desaparecidos?

—No. ¿De qué se trata?

Armonía me explicó sucintamente lo que a su vez le contara Claudia.

—Una historia interesante —confesé—. ¿Crees que Claudia sabe algo más?

—Intuyo que á, pero prefiere no hablar.

—Pues si hablara. Ia policía quizá llegaría más lejos.

—Sí, y ella perdería e! empleo, lo mismo que temes que te suceda a ti. Y en tu caso sería mucho más fácil que volvieras a encontrar otro, pero ella no es la jovencita que aparenta ser por la noche.

—Sí, está en los cincuenta.

—¿Cómo lo sabes? —me preguntó, muy sorprendida.

Sonreí maliciosamente, sin revelarle que yo tenía en mi poder las fichas personales de todos los empleados del gran casino.

—¿He acertado? —pregunté, haciéndome el ingenuo.

—No lo sé, habría que ver la cara que ella pone al soltarle semejante cifra. De todos modos, seguro que a esa edad no encontraría otro empleo igual En los casinos prefieren a las mujeres jóvenes.

—Y muy hermosas, como tú, para que distraigan a las posibles víctimas.

—Podríamos llamar por teléfono al inspector Marco y decirle que hemos encontrado un anillo. Le daríamos los datos y que él confirmase si pertenecía o no a uno de los suicidas desaparecidos.

—Si le haces esa pregunta, se presentará aquí con un coche patrulla para llevarnos a la comisaría.

—Es posible, pero ¿de qué podrían acusamos, si por ejemplo dices que hemos encontrado el anillo en un sendero?

—Me parece bien; no obstante, antes me gustaría hacer otra cosa.

—¿Qué es lo que se te ocurre?

Sonreí con aire misterioso.

—Probar tus facultades paranormales —dije.

—¿Vas a utilizarme? —me preguntó con sus ojos verdes muy abiertos, sin ningún temor en ellos.

—Has dicho que eres capaz de captar hechos o sensaciones extrañas.

—Sí, pero no cuando yo quiero, sino cuando surge esa posibilidad que por mi parte es totalmente incontrolada.

—¿Tendrías miedo de acompañarme a ese cementerio?

—Ejem, los cementerios no son mis lugares preferidos para pasear, pero.... De acuerdo, iremos.

—Te prevengo que allí puede surgir lo más terrorífico.

—Pues no cometas el error de pensar que soy invulnerable, yo también conozco el miedo, de modo que me has de dar tu palabra de que no vas a gastarme ninguna broma y que tampoco te alejarás de mí, dejándome sola.

—Palabra que cumpliré tus condiciones —asentí, ligeramente burlón, tratando de quitar hierro a aquella situación.

Estaba convencido de que iba a ocurrir algo extraño, algo que no nos iba a gustar a ninguno de los dos.

CAPITULO VIII

Claudia se hallaba tendida en el sofá de la salita del bungalow que compartía con Armonía.

Estaba sin arreglar, como era su costumbre durante el día, y mordisqueaba indolentemente una manzana mientras leía una revista del corazón para enterarse de cuáles habían sido las últimas bodas egregias.

El timbrazo repetitivo del teléfono comenzó a sonar de pronto.

Volvió la cabeza y observó que, para alcanzar el auricular con la mano, debía abandonar la cómoda posición en que se hallaba.

—Al diablo quien llame. Yo ya no espero a ningún príncipe azul; para mí sólo hay hombres, hombres que se acuestan con una y luego se largan. Al diablo con ellos.

Y dio un gran mordisco a la pulpa de la manzana, como para impedirse a sí misma poder hablar.

El timbre continuó sonando, insistente y tenaz, mientras Ía mujer masticaba ruidosamente el trozo de manzana. Al fin, con un gruñido, se levantó.

Asió el teléfono y queriendo que su mal humor se notara a través del hilo, preguntó:

—¿Quién diablos es, por qué molesta a estas horas?

Para Claudia, las doce del mediodía eran unas horas muy intempestivas.

La respuesta fueron unos gruñidos ininteligibles y muy graves, saliendo de una garganta enronquecida.

—Sólo faltaba eso, un sucio bromista —rezongó. Antes de colgar, con una voz agria y desabrida que nada tenía que ver con la que empleaba cuando salía del bungalow al atardecer, añadió—: ¿Sabes

qué te digo? ¡Que te la chupes! —Y colgó.

La que entonces profirió algunos cortos gruñidos fue ella, al volver a sentarse medio tumbada en el sofá. Recuperó la revista llena de fotografías cursis cargadas de boato, para que decenas de miles de muchachas soñaran con situaciones semejantes que no vivirían jamás. También servían para fomentar un sentimiento de frustración en multitud de amas de casa, que llegaban a la conclusión de que sus vidas no valían nada porque nadie había sabido comprenderlas, y mucho menos sus propios maridos.

Tras la llamada telefónica, la revista dejó de despertar su interés. La arrojó al suelo y acabó con la manzana. Fue en busca de una baraja de naipes, liberó la mesa de obstáculos y se dispuso a sentarse frente a ella.

Hizo unos minutos de prácticas barajando con habilidad hasta que las cartas se negaron a seguirla y se desparramaron sobre la mesa.

«¿Qué me pasa ahora?», se dijo, sin poder librarse del mal humor que la agobiaba, lo que era bastante frecuente en ella cuando se hallaba en la intimidad.

De nuevo intentó hacer el acordeón con los naipes entre sus manos, pero las cartas nuevamente volaron anárquicas, cada una por su lado.

Optó por recogerlas y guardarlas.

—Veremos qué dice el Tarot.

Cambió los naipes de póquer por los del Tarot.

Claudia era de las personas que aseguraban no creer en la predicción de! futuro a través de cartas o cualquier otro juego; no obstante, tentaba el destino pretendiendo averiguar qué era lo que la aguardaba.

Descubrió naipes que más o menos la complacían, pues los interpretaba a su manera y conveniencia; pero al levantar una de las cartas...

—Y ahora, mi futuro inmediato.

El naipe que puso boca arriba no le agradó lo más mínimo

—El ahorcado... Me gustas menos que la muerte.

Iba a deshacer el conjuro de lo que creía la mala suerte, pues estaba convencida de que era provocar al futuro inmediato, cuando llamaron a la puerta del bungalow con unos golpes lentos y espaciados, como si los dieran con un puño cerrado o una mano envuelta en trapos.

—¿Qué diablos pasa ahora? ¿Es que no saben llamar al timbre?

La llamada proseguía lenta, insistente.

Se acercó a la puerta y abrió colocando la cadena de seguridad. Asomó su rostro por el lado.

—¿Qué quiere? No compro nada. ¿Es que no ha visto el llamador eléctrico?

—Soy el conde Goriot —dijo el hombre que estaba frente a su puerta.

—¿El conde?

Hubiera podido pensar que se trataba de una broma, de no fijarse bien en el rostro de aquel hombre que la miraba con sus ojos grises que casi parecían carecer de pupilas.

Vestía un tanto pasado de moda, anacrónico, pero, ¿qué importaba? Resultaba alto, magro, huesudo todo él.

Sus cabellos eran grises, lo mismo que su poblada barba y las cejas. De haberlo podido juzgar en otra situación, habría pensado que su aspecto era poco tranquilizador.

Tan impresionada como sorprendida por la inesperada visita, Claudia cerró la puerta. Quitó la cadena de seguridad y volvió a abrir la hoja de madera.

—Usted dirá, conde Goriot —le dijo, olvidándose del Tarot, de la carta en la que aparecía el ahorcado, de la llamada telefónica.

El conde Goriot entró con pasos lentos y medidos, sin dejar de mirar los ojos de la mujer.

—Tú eres Claudia —afirmó, más que preguntó.

--Sí.

Claudia sabía que el conde Goriot era el dueño de la mansión en la

que se ubicaba el gran casino, que sólo ocupaba una parte de la rústica pero majestuosa casa que contaba con varios siglos de existencia. Ser amiga personal del conde Goriot podía significar mucho en su profesión que galopaba hacia el ocaso. Ella era consciente de su problema y no quería terminar atendiendo los lavabos de señoras del propio casino.

—¿Qué serás capaz de hacer para conseguir lo que deseas? —le preguntó el conde Goriot con voz lenta y hueca, una voz desagradable pero que la dominaba.

—Todo — respondió con la sinceridad que le daba el estar vestida con una simple bata y los pantalones del pijama bajo ella.

—Entonces... —Volvió a medias el rostro para llamar a alguien que sabía estaba tras él—. Bernard.

El enigmático jefe de jardineros se acercó llevando una prenda de ropa doblada. Parecía de arpillera fina de color negro. El conde Goriot la tomó entre sus manos.

—Desnúdate y ponte esto.

Si no estaba hipnotizada, Claudia sí estaba cuando menos sugestionada. Los ojos casi blancos del conde Goriot la dominaban completamente.

Claudia no sintió el más mínimo pudor al quitarse la bata y luego el pijama. Lo que estaba haciendo era un rito y su subconsciente lo sabía, también sabía que era un rito maléfico. Sin embargo, no podía sustraerse a él ni liberarse de la rápida influencia que el conde Goriot ejercía sobre ella.

Se desnudó hasta que sólo el reloj, dos anillos y los pendientes quedaron sobre su cuerpo, como si ya formaran parte indeleble de él.

Se puso el sayal negro sin capucha, con cuello de barca.

De mirarse a un espejo, habría podido ver que, pintados en blanco fosforescente, sobre el sayal aparecían distintos símbolos herméticos y otros dibujos, entre los que destacaban unos círculos dentro de los cuales había un ojo apenas esbozado y también los números siete y tres.

—Sígueme — le ordenó el conde Goriot.

Dejaron abierta la puerta del bungalow y subieron a un sólido vehículo de color negro que mucho, mucho tiempo atrás, podía haber llamado la atención por su lujo, por su fuerza y que ahora era más digno del museo de algún multimillonario caprichoso.

Con un bronco sonido de motor, el automóvil se puso en marcha conducido por Bernard.

—Te sientes bien, ¿verdad, Claudia? —le preguntó con su voz lenta y grave aquel ser que decía ser el conde Goriot.

Llegaron a un semáforo que facilitaba el cruce donde se bifurcaban las carreteras. Una se adentraba en la población y la otra, en la bifurcación de bungalows.

—Dany, es Claudia —señaló Armonía al reconocerla a través (del cristal de la ventanilla de la portezuela.

—¿Seguro? — insistí.

De pronto, Armonía se llevó ambas manos a las sienes, evidenciando un evidente fortísimo dolor de cabeza.

—¿Qué te ocurre?

La joven no respondió, se tambaleó y se hubiera caído de no haberla sostenido yo mientras el automóvil, negro, de modelo antiguo, desaparecía sin que tan siquiera me hubiera fijado en su matrícula.

El coche llegó a la mansión del conde Goriot sin utilizar la carretera que conducía a la fachada principal, ahora ocupada por el gran casino.

Se introdujo en lo que antiguamente fuera la caballeriza y luego, a pie, los tres personajes se dirigieron al cementerio olvidado. De allí pasaron a la cripta.

El conde Goriot sacó una llave y abrió el candado. Descorrió el cerrojo y la puerta de la cripta se abrió con un impresionante chirrido de sus goznes de viejísima madera.

—No —casi musitó Claudia.

Por su aspecto, cualquiera la hubiese confundido con una bruja. Sólo podía reconocerla aquel que estuviera acostumbrado a verla en

la intimidad de su bungalow, antes de comenzar el largo y complicado proceso de maquillaje.

—Entra, Claudia, entra, es tu destino. El eterno más allá te aguarda. Yo invoco a los espíritus de cuantos ahí dentro esperan acogerte con te brazos abiertos.

—¡No! —gritó.

El terror se reflejó en el rostro femenino, un terror que parecía haberse impuesto a la sugestión, al principio de hipnosis que la sometía.

De nada valió su rebeldía. Cuando Claudia no lo esperaba, Bernard le propinó un fuerte empujón que la obligó a entrar en la cripta en contra de su voluntad.

—¡Nooooo!

El grito de la mujer sobrepasaba el miedo, la angustia del horror sin salvación, cuando la puerta volvió a cerrarse.

Un mundo tenebroso, diabólico, en descomposición, la envolvió y sus dedos aparecieron por el aspa de la mirilla.

Otros dedos más horribles aparecieron por encima de los suyos, arrancándola de allí.

CAPÍTULO IX

—¿Cómo te encuentras? —preguntó, mirando sus espléndidos ojos verdes recién abiertos.

—¿Dónde estoy?

—En mi bungalow. Has perdido el sentido, estábamos cerca de aquí y me ha parecido lo mejor traerte. ¿Quieres que llame a un médico?

—No, no; a un médico, no.

—Has perdido el conocimiento — insistí.

—Sí, ya lo sé —admitió—. No es la primera vez que me ocurre.

—¿Y no has querido visitar a un médico?

—No.

—¿Por qué? — le pregunté.

—Porque un médico no sabría a qué atribuirlo.

—¿Crees que se trata de uno de esos fenómenos que te ocurren?

—Sí.

—¿Y a qué piensas que es debido?

—Eso sólo me ocurrió en otra ocasión, cuando me tropecé con una mente más fuerte que la mía y de signo distinto.

—¿De signo distinto? —repetí, deseoso de saber más de aquel extraño e inquietante mundo de los poderes mentales que ella parecía conocer y del cual yo sólo tenía vagas ideas que, por otra parte, carecían de experimentación práctica.

—Sí, existen las mentes benéficas y las malignas.

—Comprendo.

—Unas mentes se dedican a hacer el bien o no hacen ningún mal, como es mi caso. Además, ya te dije que yo no controlo mi mente en cuanto a fenómenos llamados paranormales, eso que tú llamarías fenómenos extraños y que en muchos casos la ciencia oficial se niega a aceptar.

—¿Y los maléficos hacen el mal como se deduce de la palabra?

—Desgraciadamente, sí.

—¿Como una especie de doctor Hyde?

—Peor.

Intenté esbozar una sonrisa que no apareció en mi rostro; me di cuenta de que Armonía no bromeaba.

—En la otra ocasión que te ocurrió este mismo fenómeno, ¿qué es lo que realmente pasó?

—Fue un hombre cuya muerte se pedía por suponérsele culpable de ocho horrendos crímenes perpetrados en niñas, todas menores de edad.

—¿Y se le condenó?

—No.

—¿Por qué?

—Porque el jurado consideró que no hubo suficientes pruebas en su contra. No se le podía probar nada y él se sonreía, satisfecho de su poder.

—De modo que quedó libre.

—Sí, pero no durante mucho tiempo.

—¿Lo volvieron a aprehender?

—No. Lo encontraron aplastado, como si varios coches hubieran pasado sobre su cuerpo innumerables veces. Fue muy difícil reconocerle, pero, por lo visto, se pudieron recoger algunas crestas necropapilares y le identificaron.

—¿Una venganza de los familiares de las víctimas?

—Quizá. No creo que la policía se esforzara demasiado en buscar a los culpables.

—De modo que los asesinos tienen mentes negativas...

—No todos. Cualquier persona, incluso tú o yo, en un momento dado, podemos convertimos en asesinos. Por más que lo neguemos, no estamos lejos de ese peligro.

—Estoy de acuerdo, pero, referente a esas mentes maléficas...

—El hombre del que te he hablado utilizaba su poder mental para hipnotizar a sus víctimas y llevárselas consigo para violarlas y torturarlas hasta el asesinato. La verdad es que aquel hombre tenía una mente poderosa, pero no tan fuerte como la que hoy se ha cruzado conmigo.

—¿Sabes que lo que dices me preocupa?

—Lo supongo.

—Más de lo que imaginas. Eso ha ocurrido cuando te has cruzado con Claudia. ¿No será ella quien posee esa mente maléfica?

—No, ella no. Claudia no es ninguna joya, tiene sus cosas, pero no es mala. Posiblemente, cuando gane algo más me buscaré un bungalow para vivir sola.

—Puedes venirte aquí, conmigo.

—Me lo voy a pensar —musitó, con una sonrisa que se me antojó prometedora.

—Pues, si no es Claudia...

—¿Quién iba con ella?

—No lo sé, no lo he visto.

—Dany, tengo un mal presentimiento.

—¿Otro fenómeno paranormal?

—No exactamente. Acompáñame.

—¿A dónde?

—A mi bungalow.

Decidí seguirla sin hacerle más preguntas. Entre ambos bungalows no había mucha distancia.

—La puerta está abierta —observó Armonía, aún a distancia.

Presentí que las cosas no iban a marchar muy bien. Armonía se adentró en el bungalow, dio una vuelta por dentro del mismo y volvió a mí cuando yo me había quedado quieto en el umbral de entrada.

—Se la han llevado.

—¿A Claudia? — pregunté, casi estúpidamente.

—Sí, claro, a Claudia — repitió ella.

—¿Cómo puedes estar segura de que se la han llevado?

—Mira su ropa, está aquí, en el suelo.

Me fijé en la bata y el pijama caídos.

—No entiendo —confesé.

—Se ha ido con alguien que la maneja. Creo que ella sabía demasiado, ese alguien estaba enterado y ha venido a buscarla.

—Sé a lo que nos exponemos, pero puestas así las cosas' ¿no sería mejor llamar a la policía?

—Va a ser muy difícil contarle a la policía lo que en mi cabeza aún no tiene explicación.

—Si han raptado a Claudia, habrá que denunciar el hecho.

—Claudia es una mujer adulta, independiente, y denunciar su rapto no es cosa fácil. ¿Por qué no la buscamos?

—¿Dónde? — inquirí.

—No lo sé, pero sí sé que se la ha llevado consigo una mente maléfica y con un gran poder.

—¿No nos estaremos precipitando? —pregunté, sin saber

exactamente qué hacer.

—Es posible. Quizá se ha marchado con alguien por su propia voluntad, pero yo no estoy muy convencida. ¿Por qué no vamos a ver ese cementerio?

—De acuerdo, sabía que terminaríamos en él. Vamos, pero ahora cierra la puerta. ¿Lleva Claudia su llave?

—No lo sé, no me atrevo a registrar sus cosas.

—Será mejor que no lo hagas por si vuelve —dije, deseando que no hubiera ocurrido nada irreprochable.

A bordo de mi automóvil, nos dirigimos al gran casino.

Armonía estaba visiblemente nerviosa, observaba la crispación de sus manos con el rabillo del ojo.

En vez de estacionar el coche en el parking general, me adentré por el sendero y estacioné el vehículo cerca del pozo.

—¿Recuerdas lo que te dije del pozo?

—Sí.

—Pues, ése es. ¿Serás capaz de captar algo con tus facultades paranormales?

—No lo sé —admitió ella—. Tampoco las mentes maléficas emiten todo su poder telepático y telequinésico constantemente.

Antes de apeamos del coche, la retuve cogiéndola por el brazo y le pregunté:

—¿Conocía Claudia a alguien que tuviera esa clase de facultades?

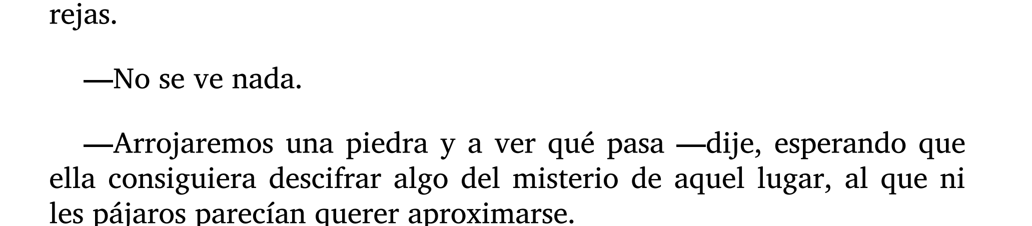
—No lo sé. La verdad es que no hablamos de ese tema.

—Comprendo. Ella no sabe lo que tú eres capaz de captar.

—No, no lo sabe.

—Vamos.

Sin mucha prisa, nos dirigimos al pozo y ella lo examinó con atención, tratando de escrutar la negrura de su fondo a través de las



rejas.

—No se ve nada.

—Arrojaremos una piedra y a ver qué pasa —dije, esperando que ella consiguiera descifrar algo del misterio de aquel lugar, al que ni les pájaros parecían querer aproximarse.

Busqué una piedra que pasara entre las rejas y la dejé caer al interior del pozo.

Clac, clac, cla...

—Es como si hubiera golpeado en varios sitios —observó Armonía.

—Sí, y esto no es lo que yo oí la otra vez.

Ella sonrió y me tranquilicé, me sentí como un idiota.

—Ya te he dicho que toda esta clase de fenómenos no ocurren siempre.

—La verdad, Armonía, no entiendo nada. Si no fuera porque yo he estado aquí, porque encontré el maldito dedo cercenado que tú has visto...

—Te comprendo. ¿Y el cementerio?

—Ahí, al otro lado de! sendero, detrás de esos setos.

—No parece que ahí atrás pueda haber un cementerio.

—No lo parece pero está, a mí también me sorprendió. Ahí están los setos recortados y detrás, un cementerio olvidado, de los que se estilaban antes, cementerios familiares, casi feudales diría yo. El que llaman amo y señor, en este caso un conde, tenía derecho a escoger a ¡os futuros moradores del cementerio. Los no elegidos eran prácticamente arrojados fuera.

—Bien, vamos a ver qué hay.

La puerta del cementerio, casi una cancela, estaba abierta como siempre, como dando facilidades para traspasar aquel umbral vivo, vegetal, hecho de setos verdinegros.

Al cruzar aquel muro verde, todo cambió.

Allí estaban las lápidas, recubiertas de hierbajos. Aquellas losas seguían impresionándome, no sabía si era por su color oscuro, por la maleza que crecía a su alrededor o por tas restos de los seres humanos que yacían olvidados bajo ellas.

Armonía opinó:

—Ofrece un aspecto deprimente.

—Si ésa es la impresión que me produjo nada más verlo y había menos luz que ahora y mucha niebla.

—La niebla lo hace todo más fantasmagórico.

—¿Sabes una cosa, Armonía? —pregunté, cogiéndola de la mano sin que ella me rechazara—. Me siento como un niño, muy ridículo en esta situación.

—No seas tonto. ¿Es que los hombres siempre os tenéis que estar demostrando que sois superiores a todo, incluso a vuestro propio miedo?

—Siempre he dicho que no tenía miedo a nada, pero cuando estuve aquí, me vi obligado a cambiar de opinión. Creo que existe un miedo a lo sobrenatural, y eso es difícil de explicar y comprender fuera de la soledad de un cementerio impresionante como éste, rodeado de niebla, de frío y con ruidos extraños.

Las palabras de Armonía me aliviaron. Lo cierto es que desde que la descubriera en el aeropuerto, me sentía muy bien junto a aquella singular mujer de cabellos rojizos, pupilas verdes y una boca que ansiaba besar, aunque no había creído llegado el momento oportuno para hacerlo.

No deseaba tratarla con la grosería con que puede tratarse a un ligue fácil. Armonía era otra cosa; no sólo la creía delicada, sino que además de inteligente la sabía poseedora de unas facultades especiales capaces de captar lo que otro ser pensaba a su lado, y ya debía de haberse dado cuenta de que no sólo me gustaba, sino que había comenzado a amarla.

—Esa es la cripta, ¿verdad?

Miré en la dirección que señalaba su mano; aunque no hubiera sido necesario hacerlo, allí estaba la maldita cripta.

Nos acercamos a la puerta y yo retuve su mano entre las mías, advirtiéndole:

—Por ese mirador protegido por la cruceta en forma de aspa de hierro es donde apareció el maldito dedo.

—Tú crees que hay seres vivos dentro, ¿verdad?

Armonía observó aquella especie de ángel negro cincelado en la piedra clave que unía el arco ojival.

—Está consagrada al mal — opinó.

—¿Tú crees?

—Sí. Esta cripta es de origen cristiano, aunque pudo haber sido pagana con anterioridad, pero en vez de una cruz tiene un diablo cincelado.

—¿Crees que es un diablo?

—Yo diría que sí. Es como si la hubieran convertido en una capilla negra.

—¿Sabes algo de brujería?

—Muy poco, Io que se oye por ahí o lo que se lee en las revistas no especializadas; sin embargo, debido a esas, digamos facultades extrañas que poseo, estos temas siempre me han atraído.

Me acerqué al candado, lo cogí entre mis dedos, lo moví y opiné:

—Ha sido abierto recientemente.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque ha sido limpiado sin querer al tocarlo con las manos.

—Y tú, Dany, ¿no habías visto antes este lugar?

—No.

—¿Ni siquiera habías soñado con él?

—No. No supe de este sitio hasta que me metí aquí mientras hacía tiempo.

—¿Y crees que hay seres vivos detrás de esta puerta?

—Eso no lo sé. Como tú dijiste, todo podría tratarse de un truco montado por alguien, aunque yo me he preguntado para qué.

—Tienes razón.

—Si pudiéramos abrir el candado, saldríamos de dudas:

—Si abrieras la puerta, ¿serías capaz de entrar ahí?

—Con una buena linterna, sí.

—Pues eres muy valiente si haces eso, después de todo lo que te ha ocurrido.

—El factor sorpresa también influye mucho para causar miedo.

—¿Opinas que podía haber alguien dentro que dejó caer ese dedo a través de la mirilla que está en la puerta?

—Es una posibilidad —admití.

—¿Y con qué objeto podrían hacerlo?

—Para alejarme de este lugar.

—Razonando —comenzó a decir Armonía—, cabe deducir que aquí se oculta algo que no querían que tú vieras.

—Es otra posibilidad, pero ¿qué?

—No lo sabremos hasta que se abra la puerta.

—La puerta del misterio siempre causa sorpresas.

—¡Larralde!

La voz, por lo inesperada, por lo grave, nos sorprendió y sobresaltó a ambos.

Nos volvimos hacia la puerta de los setos.

—Benotti —dije, entre dientes.

Armonía me observó interrogante. Yo avancé y eso la obligó a seguirme.

—Hola, Benotti.

Saludé tratando de ser cortés, casi afable. En aquellos momentos, quería jugar unas bazas como relaciones públicas, pero creo que fracasé.

Quizá era el ambiente que nos rodeaba, las frías y húmedas tumbas olvidadas en las que apenas se podían leer los nombres y demás inscripciones, en las que ahora sabía que no se habían esmerado demasiado, porque la verdadera prosapia de la familia se hallaba en el interior de la cripta cuya amplitud y profundidad seguía ignorando.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Armando Benotti apartando el cigarro de su boca.

Sus palabras nos sonaron a Armonía y a mí como un reproche.

La muchacha salió en mi ayuda.

—Me contó que existía este cementerio aquí y le he pedido que me lo mostrara.

—Vaya, ¿tan morbosa es usted?

Me irritó profundamente la forma en que Benotti le habló.

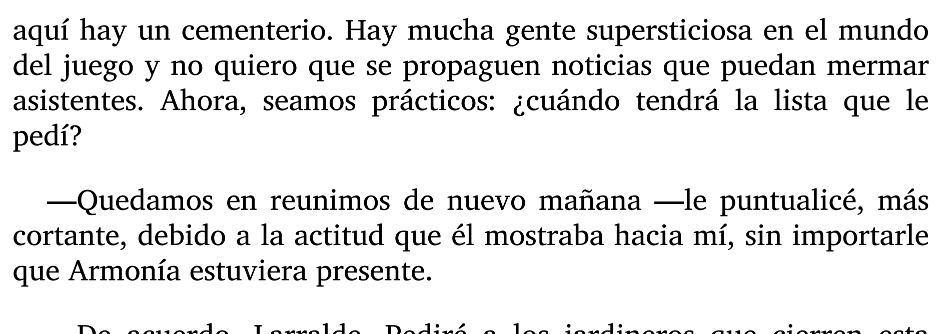
—No exactamente, es que tengo un gran respeto por todos los antepasados. He estudiado algo de historia del arte y como he viajado bastante, he podido ver muchas clases de monumentos y quería ver a qué estilo pertenecía todo esto.

—Larralde, esperaba de usted que se dedicara más a su trabajo. ¿Es así como tenía que ayudarle la señorita Hyman?

Sentí deseos de darle un puñetazo a Benotti, pero no lo hice y no fue por miedo. Sabía que si lo hada me despediría; yo no tardaría en encontrar otro empleo de relaciones públicas, pero también despediría a Armonía.

—Creo que no es preciso que le diga que he estado trabajando hasta las tres de la mañana.

—No, no es necesario que me lo diga. Usted no ha de fichar, Larralde, a usted se le exigen resultados, ya me comprende. Y por favor, no traiga a nadie más a este lugar. Estamos ofreciendo la imagen de un casino luminoso y atractivo, no podemos dejar ver que


aquí hay un cementerio. Hay mucha gente supersticiosa en el mundo del juego y no quiero que se propaguen noticias que puedan mermar asistentes. Ahora, seamos prácticos: ¿cuándo tendrá la lista que le pedí?

—Quedamos en reunimos de nuevo mañana —le puntualicé, más cortante, debido a la actitud que él mostraba hacia mí, sin importarle que Armonía estuviera presente.

—De acuerdo, Larralde. Pediré a los jardineros que cierren esta puerta, no quiero que nadie venga por aquí. Imagínese que algún periodista publicara fotos de este cementerio.

—Un cementerio no es noticia, pero un cementerio como éste podría serlo.

—¿Ah, sí, por qué? —inquirió, casi desafiante.

—Porque este cementerio no tiene una sola cruz.

—¿Y qué importa eso? Hay muchos cementerios que sólo tienen lápidas.

—Yo no soy del departamento de vigilancia —objeté.

—Sí, ya lo sé, pero esta parte de la mansión hay que dejarla tranquila. Al inicio del sendero, haremos colocar un «prohibido el paso».

—¿Se molestaría el conde Goriot si nos viera aquí?

—Posiblemente.

—¿Y Bernard?

—¿Qué Bernard?

—El jefe de jardineros.

—No sabía que se llamara Bernard. —Sacudió la ceniza de su cigarro y añadió—: Espero que ni usted ni nadie venga por aquí. Esta parte de la mansión no está alquilada por la sociedad anónima que es dueña del casino de juego.

De pronto, comenzó a respirar hondo, apartando el cigarro de su boca y me di cuenta de que semicerraba los ojos.

—¿Se encuentra mal? — pregunté.

Iba a dar unos pasos hacia él para auxiliarle, pues tenía la impresión de que podía desmayarse, cuando una mano de Armonía me sujetó por la muñeca, conteniéndome.

—Está usted dormido, señor Benotti, profundamente dormido —fue diciendo Armonía lentamente.

De golpe, comprendí lo que ocurría. A mi lado, sin que yo me percatara de ello, Armonía acababa de hipnotizarle. Quedé terriblemente sorprendido ante aquellas facultades tan extraordinarias que demostraba poseer. Benotti había sido atrapado sin darse cuenta.

—Ahora, regresará a su despacho y no hablará con nadie por el camino. Se sentará y cuando coja el teléfono, despertará. No se acordará de que ha estado en el cementerio. Márchese.

Benotti obedeció ciegamente. Con sorpresa, le vi alejarse por el sendero.

—Has vuelto a asombrarme. Armonía — musité.

—Este encuentro no era bueno para ti ni para mí; además, ese hombre es un grosero.

—Opino lo mismo —confesé—, pero eres muy peligrosa.

Me sonrió con la boca y con los ojos, unos ojos muy atractivos, pero a los que comencé a temer.

—¿Tienes miedo de que te hipnotice a ti también?

CAPITULO X

Me dirigí a mi despacho tras dejar a Armonía en el pueblo cercano.

Me preguntaba a mí mismo si la hipnosis de que fuera objeto Armando Benotti habría sido tan completa que realmente no se acordaba de nada, y me arriesgué a ir a su despacho. Estaba intrigado. Sabía que corría un riesgo, pero...

—¿Puede dedicarme unos minutos? —te pregunté.

—Ah, Larralde, pase, pase —me dijo casi amable, lo que hasta resultaba extraño en él.

—Tengo una lista provisional y me agradaría que le diera un vistazo antes de retocarla. Quizá usted mismo ya pueda sugerir otros nombres y borrar los que no crea importantes.

—¿Es la lista que tenía que traerme mañana?

—No —respondí, mientras buscaba en su mirada algo que revelara que se acordaba de nuestro encuentro en el cementerio, un encuentro por lo demás desagradable en el que había tratado de imponerme excesivamente su autoridad.

—Bien, bien, veamos.

Le entregué la lista provisional.

Junto a cada nombre seleccionado, había una acotación que daba a entender su personalidad, sus posibilidades económicas o datos de popularidad.

Estaba seguro de que Benotti conocía algunos de aquellos datos, pero era mejor metérselos por los ojos para que comprobara que yo estaba al corriente de todo y no perdía detalle.

—Me parece bien en principio, aunque yo tengo media docena de nombres que me gustaría que incluyera.

—Se hará lo posible. Tenga en cuenta que, en principio, algunos no aceptan invitaciones de esta clase.

—¿Y ofreciéndoles un incentivo? — preguntó Benotti.

—Para algunos personajes importantes, los incentivos salen demasiado costosos. De todos modos, usted añada los nombres que crea convenientes para que asistan a la gran gala de la reinauguración y yo veré de conseguir que vengan, aunque de determinados personajes famosos nunca se puede asegurar nada. Los multimillonarios, los miembros de las familias reales europeas, los cantantes y artistas de cine son muy caprichosos. Además, tienen sus agendas muy repletas y, en muchos casos, en el último momento cambian de opinión.

—Larralde, tiene usted un excelente contrato para que haga posible lo imposible.

—De acuerdo —asentí, con una sonrisa irónica, convencido de que Benotti no se acordaba de nada de lo sucedido en el cementerio. En aquel momento me atreví a preguntar—: ¿Y el conde Goriot?

—¿El conde Goriot?

—Sí, podría ser uno de los asistentes, es una figura principal. Hablaría de su mansión e incluso, utilizando mis contactos, no me costaría conseguir que fotografías a todo color de algunas dependencias de su casa salieran publicadas en las revistas.

—Quizá no le guste, es un hombre muy extraño.

—¿Cómo podría localizarlo?

—A veces viene a su mansión, pero no se hace notar. Yo he hablado con él en algunas ocasiones.

—¿Cuándo fue la última vez? —pregunté con ambigüedad, aunque sabía que era incisivo.

—Pues, no me acuerdo —confesó Benotti—, Tengo la sensación de que una niebla espesa nubla mi mente. No consigo recordar las cosas por mucho esfuerzo que haga.

Comprendí que Armonía tenía mucho que ver con aquellas quejas de Benotti.

—Está usted metido en muchos problemas, Benotti, puede tener algo de stress. ¿Por qué no visita a un médico?

—¿Médico, para que me atiborre de fármacos? No, no.

—Lo mejor para el stress es una cura de descanso en un lugar adecuado. Sol, nada de teléfonos, paseos, ambiente musical agradable.

—Y unas huríes danzando a mi alrededor —añadió él, sarcástico.

—Ajá. Es comprensible que usted no pueda conseguir nada de eso en estos momentos, pero después de la reinauguración...

—Sí, luego quizá. Diez o quince días me irían bien. ¿Conoce usted un buen lugar para eso?

—En Marbella hay sitios excelentes; además, no se pierde el contacto con el gran mundo.

—Magnífico, le pediré que usted mismo se encargue de buscarme una de esas plazas.

—Será un placer —le dije.

Me marché más tranquilo tras comprobar la efectividad del poder hipnótico que Armonía ejerciera sobre Benotti, aunque no quedé satisfecho respecto al conde Goriot.

Quise averiguar algunos datos más sobre él y, a bordo de mi automóvil, me dirigí al registro civil local.

Como profesional de las relaciones públicas, había manejado muchos libros de registros civiles y religiosos. En ocasiones, me había interesado por la edad exacta de las personas, por sus ramas genealógicas, detalles que podían parecer estúpidos pero que luego, en la práctica, no lo eran tanto.

Hablar con una mujer de la jet-society y, tras intercambiar unas frases, decirle con exactitud su signo astrológico, incluso sus ascendientes y las partes buenas del mismo, hacía que aquella persona se congraciara rápidamente conmigo.

Con aquella táctica profesional por mi parte, con aquellos métodos, conseguía acortar el tiempo de acercamiento, lo que favorecía mi labor profesional. Sabía que aquella persona luego no se olvidaba

fácilmente de mí y si yo la telefoneaba, ella acababa accediendo a lo que yo le pedía, siempre que no me pasara en mis peticiones, claro está.

Fui amable con el empleado del registro civil. Le pasé mi pitillera y tras decirle quién era yo en el gran casino de juego, no cometí el error de pasarle unos billetes. Sabía que con aquel personaje menudo y calvo había que tener otras atenciones, algún obsequio para las fiestas navideñas que sin duda él agradecería mucho.

Comencé a repasar el libro y me llevé una gran decepción. No descubrí a un conde Goriot hasta el año mil ochocientos cuarenta y tres. Era el conde Gregorio Alfonso Luis Juan Goriot Rashpott.

—Oiga —llamé la atención del empleado del registro civil.

—Usted dirá, señor Larralde.

—La familia del conde Goriot no está registrada aquí desde el año mil ochocientos cuarenta y tres.

—Así es, señor — me dijo, bajando el tono y mezclando mucho aire con sus palabras.

—¿Acaso no se registran aquí los descendientes de los Goriot?

—No, señor.

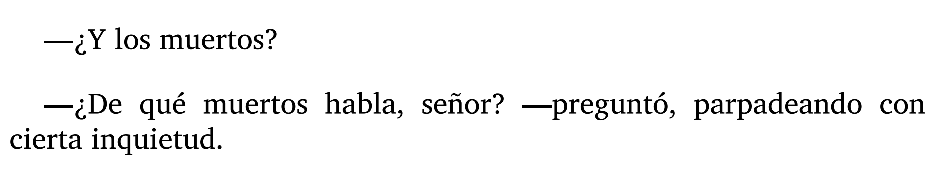
—¿Dónde, entonces?

—Los últimos Goriot han nacido fuera del país. Aunque nadie sabe nada a ciencia cierta, se comenta que han nacido por los que ahora llaman países del Este, también por Alemania, América e incluso Asia. El siglo pasado, esta mansión de los Goriot fue el núcleo principal de la familia, pero después se le quitó importancia y ellos levantaron casas por todo el mundo. La prueba está en que parte de la mansión ha sido alquilada a la sociedad anónima que ha montado el casino de juego.

—Y cuando han pasado por aquí, ¿no han participado en ningún acto público? —pregunté.

—No, se desligaron de todo. Sábeme» que han pasado por aquí en muchas ocasiones, pero no se han dejado ver, Al parecer, no quieren saber nada con el pueblo, como si estuviéramos malditos. Quizá algún día llegue un descendiente de los Goriot y vuelva a instalarse aquí,

pero por ahora no es así.



—¿Y los muertos?

—¿De qué muertos habla, señor? —preguntó, parpadeando con cierta inquietud.

—De los muertos de la familia Goriot. Allí, en la mansión, poseen un pequeño cementerio y tienen una cripta para los Goriot.

—Ah, sí, algo he oído hablar de ello, pero que nosotros sepamos, no hay nada. Nosotros no hemos registrado ningún entierro de los Goriot y tampoco tenemos poderes para abrir esa cripta familiar, y mucho menos exhumar a sus muertos.

—¿Podía haber ocurrido que ellos siguieran colocando a sus muertos en el panteón familiar de su cementerio privado?

—Si los traen por la noche y de incógnito, quizá, pero oficialmente no tenemos constancia de ello; sin embargo, se dice... —bajó aún más el tono de su voz.

—¿Qué se dice?

—Pues, que en la mansión de los Goriot han ocurrido muchas cosas raras, la prueba está en que nadie se acercaba por allí hasta que se instaló el gran casino y después, después...

—¿Después, qué?

—Pues la desaparición de los que han llamado los suicidas del juego.

—¿Qué sabe usted de eso?

Ante mi pregunta tan directa, el funcionario se sentó delante de mí. Cruzó los brazos sobre la mesa y comenzó a hablar. Semejaba ansioso por hacerlo y no parecía desconfiar lo más mínimo de mi persona, como si yo le brindara una magnífica oportunidad de explayarse con todo lo que sabía.

—La policía ha estado buscando a esos suicidas, a los que parece haberse tragado la tierra.

—¿Qué pasa con los suicidas, según la policía? — pregunté.

—Pues que han desaparecido.

—De eso ya estoy informado. Por 3o visto, creen que han desaparecido en los acantilados, tragados por el mar.

El funcionario, que me salió muy hablador, puntualizó:

—Las familias que han de cobrar las pólizas de seguro de sus muertes no están muy satisfechas porque, cuando ocurre una desaparición, máxime la de un posible suicida que se sabe que ha estado en un casino de juego arruinándose, se hacen las remolonas para pagar. Pasan años antes de soltar un céntimo, si es que lo sueltan, y, como según sus normas en estas circunstancias no han de pagar, ni se molestan en venir a averiguar nada. No obstante…

—¿Qué? —insistí, ante un largo silencio por su parte.

—Algunas familias de suicidas desaparecidos han enviado detectives particulares tratando de averiguar algo sobre su posible paradero.

—¿Y?

—Nada. No han aparecido ni sus coches, es como si la tierra se los hubiera tragado, ya se lo he dicho.

—Pues yo intuyo que usted relaciona esas muertes con la mansión de los Goriot.

—Ya le he dicho que antes de que se instalara el casino de juego la mansión parecía maldita. Iban jardineros y cuidaban sus jardines, pero no eran jardineros de este pueblo.

—¿Y de dónde eran?

—Nadie lo sabe. Al parecer, los Goriot prefieren contratarlos en otra parte para que no aumenten los chismorreos sobre su mansión, claro que ya se puede imaginar que es fácil hacer chismorreos fantásticos sobre las mansiones que apenas se habitan. No obstante, después de la instalación del gran casino de juego, todos los rumores se vinieron abajo, hasta que…

—¿Hasta que se supo lo de los suicidas desaparecidos?

—Exactamente. Nadie en el pueblo se hubiera enterado de

nada á no ser porque la policía comenzó a hacer preguntas y los detectives privados que llegaron después, también.

—Comprendo. Eso fomentó los rumores sobre la maldición de la mansión Goriot.

—Algo de eso hay —admitió, con una especie de sonrisa de triunfo.

Le di las gracias a aquel funcionario y me alejé de la oficina. Sabía algo más, pero nada exacto ni comprobable, sólo me habían contado rumores que no llevaban a ninguna parte. Fue entonces cuando tomé una decisión, una gravé decisión, y fui consciente de que podía traerme problemas, demasiados problemas.

CAPITULO XI

Como un estúpido, rodé por la carretera de los acantilados, deteniéndome en cada ocasión que el espacio junto a la carretera me lo permitía.

Me apeaba del coche y escrutaba las aguas, buscando con la mirada entre las rocas, en las espumosas olas que rompían incansables contra la costa.

Hubiera deseado descubrir algún coche hundido. No sé si el descubrimiento de un vehículo en las aguas habría podido dar una solución al problema de los suicidas desaparecidos, pero lo intentaba y no lo logré.

Un patrullero de carretera se me acercó con las luces encendidas.

Conectaron unos instantes la sirena para llamar mi atención y, luego, dos agentes uniformados se apearon. Ambos llevaban metralleta.

Uno se quedó junto al vehículo y el otro se me acercó sin perderme de vista a través de los cristales casi negros de sus anchas gafas. Yo seguí fumando con naturalidad.

—Buenas tardes —saludó el agente de la autoridad.

—Buenas tardes —respondí—. ¿Ocurre algo?

—Ha estado usted parando junto a los acantilados. ¿No es cierto?

—Así es —admití.

—¿Qué es lo que está buscando?

—Sé que unas personas desaparecieron en sus automóviles y, la verdad, me gustaría descubrirlos, aunque sé que es una tontería

Tuve la impresión de que el agente roe miraba como si yo fuera un perturbado.

—¿Puede mostrarme su documentación, carnet de conducir y de identidad?

—Sí, claro —dije, arrojando el cigarrillo a las olas que batían dos docenas de metros por debajo de mis pies—. Me hospedo ahí cerca, en una urbanización de bungalows, y trabajo de relaciones públicas en el gran casino de juego.

El agente, instintivamente, apuntó al suelo con la metralleta, semejó relajarse. Observó la documentación y luego me la devolvió.

—Es peligroso detenerse junto a los acantilados. La carretera es demasiado estrecha y hay muchas curvas.

—Sí, por eso he estado buscando lugares accesibles para salirme de la carretera. He tomado mis precauciones, y he advertido mis movimientos con los intermitentes.

—¿Está buscando a los suicidas?

—Pues sí, me preocupan. No quisiera que volviera a ocurrir nada similar después de la reinauguración del casino.

—En el agua no están.

—¿Seguro? —pregunté, indeciso.

—Sí, toda la zona ha sido registrada a conciencia por la brigada de buceadores.

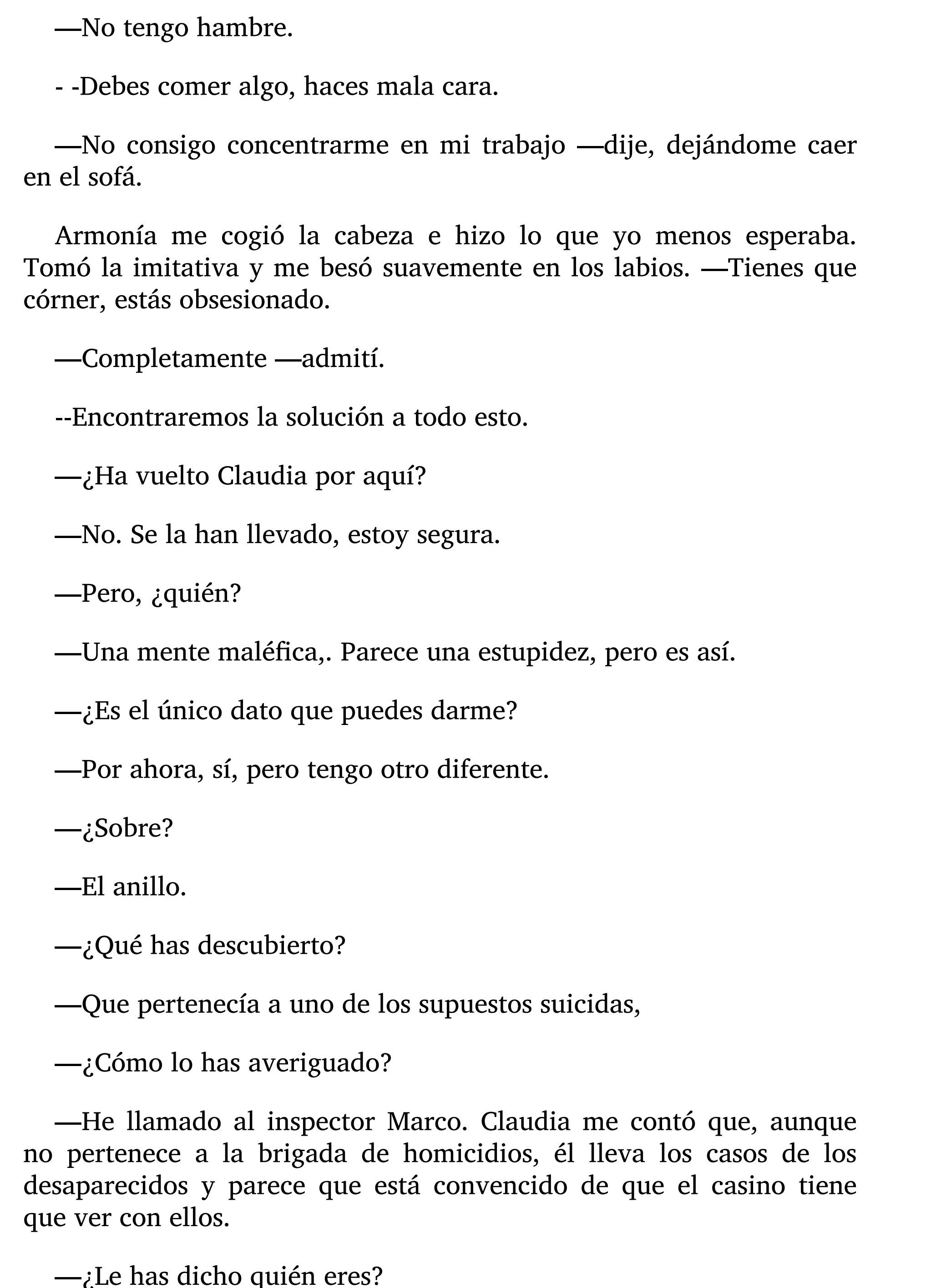
—Entonces no tengo nada más que hacer aquí —dije—, Gracias por la información.

Regresé a mi coche. El agente se quedó con la metralleta colgada del hombro, apuntando al cielo. No se movió. Vigiló cómo ponía mi coche en marcha y me alejaba por la carretera buscando un lugar por donde poder dar mejor la vuelta.

Cuando lo conseguí, al regreso, volví a ver al patrullero y los saludé con la mano. Ellos me siguieron con la mirada, sin decir nada.

Supuse que por radio habrían confirmado ya mi identidad, incluso las placas de mi coche.

Me fui a buscar a Armonía, la encontré en su bungalow. —¿Quieres comer un poco? — me preguntó.



—No tengo hambre.

- -Debes comer algo, haces mala cara.

—No consigo concentrarme en mi trabajo —dije, dejándome caer en el sofá.

Armonía me cogió la cabeza e hizo lo que yo menos esperaba. Tomó la imitativa y me besó suavemente en los labios. —Tienes que córner, estás obsesionado.

—Completamente —admití.

--Encontraremos la solución a todo esto.

—¿Ha vuelto Claudia por aquí?

—No. Se la han llevado, estoy segura.

—Pero, ¿quién?

—Una mente maléfica,. Parece una estupidez, pero es así.

—¿Es el único dato que puedes darme?

—Por ahora, sí, pero tengo otro diferente.

—¿Sobre?

—El anillo.

—¿Qué has descubierto?

—Que pertenecía a uno de los supuestos suicidas,

—¿Cómo lo has averiguado?

—He llamado al inspector Marco. Claudia me contó que, aunque no pertenece a la brigada de homicidios, él lleva los casos de los desaparecidos y parece que está convencido de que el casino tiene que ver con ellos.

—¿Le has dicho quién eres?

—No me he identificado. Le he dicho que he encontrado un anillo con esas iniciales y que quería saber si pertenecía a uno de los desaparecidos.

—No te habrá querido responder.

—Le he dicho que llamaría al cabo de media hora.

—¿Y lo has hecho?

—Sí.

—Entonces, te habrán localizado el teléfono.

—He tomado mis precauciones, he llamado desde un teléfono público.

—¿Y te lo ha dicho?

—Sí, ha querido darle unos rodeos, pero yo he colgado.

—En ese caso, has puesto a la policía en marcha.

—Tenía que averiguar si tenía que ver, con los suicidas desaparecidos.

—Ahora ya sabemos que sí. ¿Qué opinas?

—Que el hombre del anillo intentó comunicarse contigo.

—Pues lo hizo muy mal.

—Sí, pero es que ese hombre está muerto.

—¿Quieres decir que un hombre que ya está muerto trató de comunicarse conmigo?

—Sí.

—¿Es una broma?

—No sé cómo lo consiguen, pero él no quiso atacarte. Te entregó su dedo para que lo identificaran, pero tú abandonaste. Al día siguiente ya no estaba, pero él te fue a buscar en forma de espectro y lo dejó a tu alcance.

—¿Sabes una cosa, Armonía?

—Si no me la dices —casi bromeó.

—No me gustan esta clase de contactos, no me gustan esta ciase de amistades.

—Te comprendo, pero tenemos que averiguar lo que ese ser quería revelarte. El tiene la clave de todos te enigmas y creo que incluso el de la desaparición de Claudia.

—Yo sé quién tiene la clave de todo —fe dije, recostando mi cabeza sobre su regazo. Me gustó apoyarla sobre sus muslos, duros pero acogedores.

—¿Quién?

—El conde Goriot

—¿Tú lo has visto?

—No, no le he visto y tengo Ía impresión de que nadie lo ha visto desde hace mucho tiempo.

—Explícate —me pidió.

—Goriot es un personaje muy misterioso. En el registro civil no saben en qué año nació el último de los Goriot ni dónde. Por no saber, no saben ni cuándo ni dónde murió el anterior conde Goriot

—¿Qué quieres dar a entender?

—Que es muy misterioso. Me gustaría preguntarle a Benotti si él le ha visto.

—¿Crees que Benotti, el director gerente, tiene la clave de todo este asunto?

—La clave de todo, no lo sé, pero sí sabrá algo más sobre el conde Goriot. Habrá tenido que firmar documentos con él. Mi decisión es encontrar a Goriot, él podría abrir la cripta a menos que saltemos el candado y abramos el cerrojo.

Con voz profunda, Armonía dijo:

—Cuando sea levantada la piedra que cubre la entrada a los infiernos, las legiones de los demonios saldrán incontenibles para expandir el mal a los cuatro vientos.

—¿Quieres decir que dentro de esa cripta están encerradas las fuerzas del mal?

—No lo sé, pero antes de abrir una puerta que da a las tinieblas, hay que tener mucho cuidado con ella.

—Es increíble.

—¿El qué? —me preguntó mientras ensortijaba sus dedos con mis cabellos.

—Somos dos personas jóvenes, seguramente educadas en el agnosticismo y, sin embargo, estamos dispuestos a creer lo más fantástico. Hablamos de lo real y de lo irreal, y mezclamos los conceptos. ¿De verdad crees que existe una fuerza diabólica detrás de todo esto?

—Podemos averiguarlo.

—¿Cómo?

—Cita a Benotti —dijo, sin mirarme.

—¿A Benotti?

—Sí, cítalo en su despacho del casino, dile que has encontrado algo importante.

—Y luego, ¿qué le digo?

—Luego, déjame a mí, pero te prevengo que debemos ir preparados para descubrir lo más horrible que imaginarse pueda; si consideras que no tienes los nervios suficientemente templados, será mejor que lo dejemos.

—Había tomado una decisión y voy a seguir adelante. Vas a hipnotizar a Benotti, ¿verdad?

—Sí, la segunda vez siempre es más fácil. Si sabe dónde está el conde Goriot nos conducirá a su presencia.

—Hablas como si estuvieras segura de que ese conde Goriot anda cerca.

—Estoy convencida de que sí. Juraría que se halla en algún lugar de su mansión.

—De acuerdo, al diablo con e! empleo. Voy a llamar a Benotti; si sale mal esto, te propongo que nos vayamos juntos.

—¿A dónde? — me sonrió.

—No sé, a las Hawaii, por ejemplo.

Se dedicó a reír, pero ira dos quedamos cortados cuando comenzó a sonar el teléfono que no estaba lejos.



CAPÍTULO XII

Armando Benotti aguardaba en su despacho iluminándose con una artística lámpara de sobremesa que tenía una amplia pantalla con flecos dorados.

El gran casino se hallaba en silencio, en sombras. Los artesanos de la madera, de la pintura, de los revestimientos de tela, de la decoración en general habían adelantado mucho su trabajo. Sin embargo, las mesas de juego aparecían cubiertas por lonas plastificadas. El silencio era impresionante, sólo roto por nuestros pasos.

—Estaba a punto de marcharme —objetó Benotti al verme.

—Sólo serán unos minutos —le dije.

Benotti se fijó en Armonía y la observó con evidente recelo.

—¿A qué ha venido ella? Me parece, Larralde, que será mejor que deje a la señorita Hyman que se ocupe de sus cosas. Si es la amante de usted, no me importa nada, pero...

—Un momento, Benotti. Verá, yo estaba en el bungalow de ella cuando usted llamó por teléfono.

—Le buscaba a usted y como no estaba en su bungalow, se me ha ocurrido llamarla por si usted estaba con ella. Por lo visto, mi deducción no ha sido errónea —dijo, en cierto modo satisfecho de haber acertado.

—Sí, estaba con ella porque tenemos unos asuntos que resolver, por eso ha venido conmigo.

—Y bien, ¿qué es eso tan importante que tenía que decirme aquí?

—Se lo dirá ella — respondí.

Los ojos de la mujer semejaron aumentar de intensidad.

—Es usted un hombre muy agradable, señor Benotti —comenzó a decir Armonía muy lentamente, con una voz cálida que penetraba.

—Eh?

—Tranquilícese.

—¿Cómo?

—Llene sus pulmones de aire, muy despacio, y luego vacíelos lenta, muy lentamente, mientras piensa que tiene mucho sueño, mucho sueño...

—Sí, si tengo mucho sueño —admitió Armando Benotti.

Pude constatar, con asombro, cómo Armonía lograba hipnotizar a Benotti pese a que éste parecía arisco y receloso con ella. Todo había sido muy rápido y yo no entendía cómo se podía hipnotizar a una persona con semejante rapidez.

—Está usted profundamente dormido, Benotti, profundamente dormido...

—¿De veras está dormido? — inquirí.

—Sí —asintió Armonía.

—¿Y se le podría hacer cualquier cosa en las condiciones en que se halla?

—Sí, incluso una intervención quirúrgica y no se enteraría del dolor si yo le dijera que no siente nada.

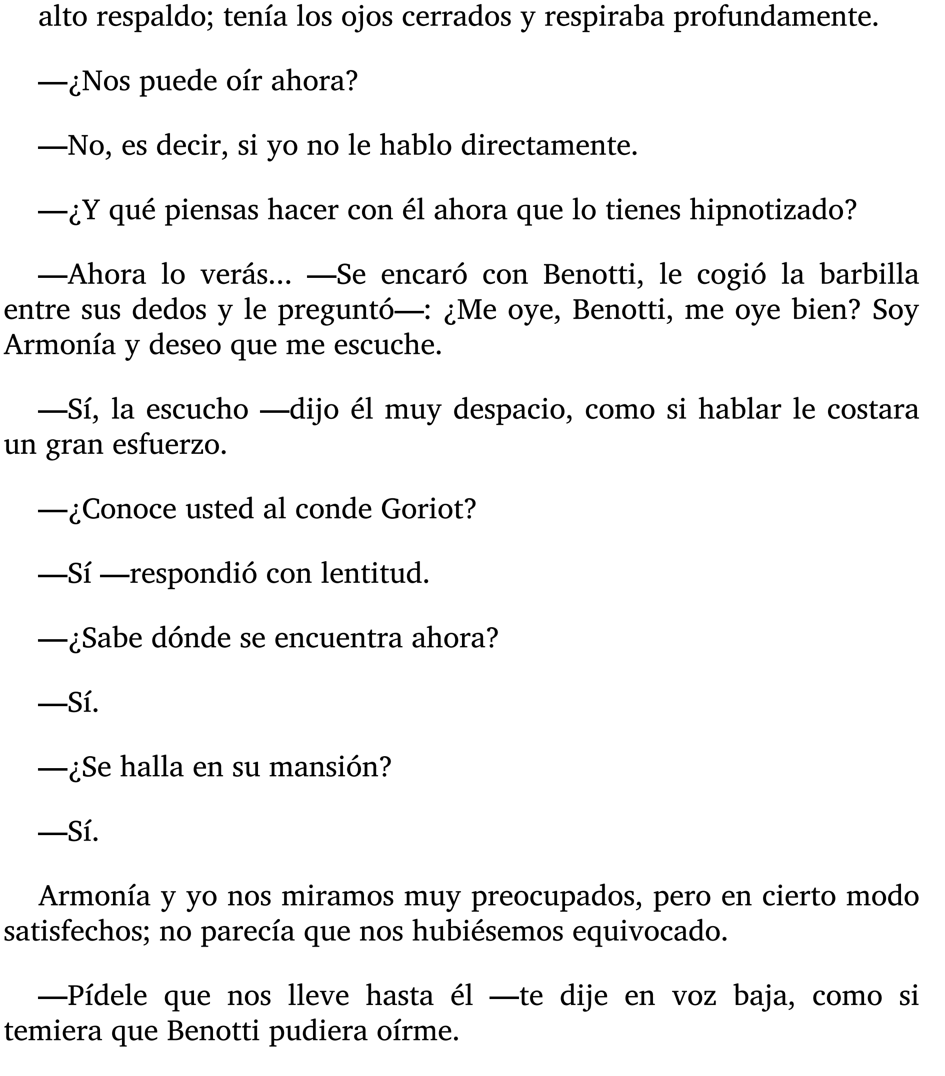
—¿Cómo lo consigues?

—No siempre se consigue. En el cementerio me di cuenta de que Benotti era altamente vulnerable para la hipnosis. Unas personas los son más que otras, especialmente los que más veces han sido hipnotizados. Es posible que Benotti haya pasado por la consulta de algún psiquiatra, quién sabe.

—¿Y no podía haber pasado por las garras de una mente poderosa como la tuya o quizá más?

—Si te estás refiriendo al conde Goriot, es posible que sí.

Miré a Benotti. Seguía sentado en su butaca de cuero de



alto respaldo; tenía los ojos cerrados y respiraba profundamente.

—¿Nos puede oír ahora?

—No, es decir, si yo no le hablo directamente.

—¿Y qué piensas hacer con él ahora que lo tienes hipnotizado?

—Ahora lo verás… —Se encaró con Benotti, le cogió la barbilla entre sus dedos y le preguntó—: ¿Me oye, Benotti, me oye bien? Soy Armonía y deseo que me escuche.

—Sí, la escucho —dijo él muy despacio, como si hablar le costara un gran esfuerzo.

—¿Conoce usted al conde Goriot?

—Sí —respondió con lentitud.

—¿Sabe dónde se encuentra ahora?

—Sí.

—¿Se halla en su mansión?

—Sí.

Armonía y yo nos miramos muy preocupados, pero en cierto modo satisfechos; no parecía que nos hubiésemos equivocado.

—Pídele que nos lleve hasta él —te dije en voz baja, como si temiera que Benotti pudiera oírme.

Armonía asintió con la cabeza.

—Benotti, queremos hablar con el conde Goriot. Llévenos hasta él, guíenos hasta su presencia.

Benotti se levantó y fue hasta la caja de caudales que no tenía escondida. Estuvo girando las ruedas numeradas y en vez de abrirse la puerta de la caja, de uno de los paneles de madera que cubría la pared giró sobre un eje y se abrió, dejando al descubierto una puerta secreta.

Benotti se filtró por ella y Armonía y yo le seguimos.

No llevábamos linternas, pero gracias a la luz de la luna que

entraba por unos altos ventanales pudimos ver que nos hallábamos en un gran salón perfectamente amueblado, pero en el que colgaban multitud de telarañas. El olor a humedad era intenso.

Benotti avanzaba como si todo estuviera lleno de luz del día. No vacilaba, no tropezaba con nada. Cabía pensar que aquel camino lo había recorrido en anteriores ocasiones.

Rodeamos una gran escalinata.

Abrió una puerta medio oculta tras un cortinaje y comenzamos a descender a un sótano por unas escaleras.

Encendí mi mechero de gas, su llama azulada poca luz proporcionaba, pero pudimos ver que allí había muchos barriles. Benotti se dirigió a uno de ellos.

Movió el grifo, abrió toda su tapa y no dudó en introducirse en él, lo que era realmente fácil debido a la amplitud de su diámetro.

Le seguimos y fuimos a dar a otro sótano donde Armonía y yo quedamos casi paralizados al descubrir lo que allí había.

—¡Coches!

—Son los coches de los suicidas, no cabe duda —cuchicheé.

Benotti se filtró entre los coches.

Yo atisbé una gran trampa de madera en lo alto. Aquel lugar podía haber sido una leñera el siglo anterior, y por la trampa superior podían vaciar las carretas. En este caso, había servido para arrojar los coches que allí quedaban ocultos, la policía no había conseguido descubrirlos.

Benotti abrió una sólida puerta y por ella nos introdujimos en un túnel estrecho, angustioso. Avanzar por él sin luz, inquietaba. Sabíamos que caminábamos bajo tierra, a una considerable profundidad, pero ignorábamos que íbamos a pasar por debajo de las sepulturas del cementerio olvidado.

De pronto, el túnel se ensanchó y yo oí unos ruidos. Volví a encender, esperando que aún me quedara gas, y miré hacia lo alto.

Ahora nos hallábamos dentro del pozo que yo descubriera junto al muro. Seguimos avanzando, oliendo ya fuertemente a cera quemada.

Tras doblar una galería, descubrimos un mundo alucinante.

Era el panteón subterráneo que encerraba la cripta.

Los ataúdes estaban colocados horizontales junto a la pared, a media altura. Eran ataúdes grandes, ostentases, pero impresionantemente vades, abiertos.

Había velas negras, muchas velas negras, cientos de ellas encendidas. E! olor a cera mareaba.

Benotti seguía avanzando entre la doble hilera de ataúdes abiertos.

Armonía se cogió de mi brazo, notó el miedo en los dedos que apretaban mis músculos. Comprendí que debía ser fuerte o ambos enloqueceríamos allí mismo.

El panteón se ensanchaba más aún en una especie de sala o capilla que ya debía estar muy cerca de la entrada de la cripta. Del techo pendían cuerdas sujetas a argollas que nadan del techo rocoso y de las cuerdas colgaban cuerpos humanos en estado de corrupción.

Todos vestían sayales con símbolos cabalísticos pintados en ellos. Era horrible verles moverse, pues giraban lentamente sobre sí mismos. Había también cuerdas que se habían roto a causa de la putrefacción.

Pero sentados en el suelo, pavorosamente descarnados, había otros seres vestidos con un sudario amarillento.

Había que tener una gran sangre fría para poder mirarlos. Permanecían quietos, muy quietos, hieráticos, como aguardando algo.

Noté que Armonía vacilaba como si fuera a desmayarse; no cabía duda de que estaban a punto de iniciar una siniestra ceremonia.

—Son muertos vivientes — gimió ella a mi lado.

—Aarr...moooo...nííííí.,.aaaaa —dijo con una gran lentitud uno de los seres que colgaban de una de las cuerdas del techo.

—¡Dios mío, es Claudia! —estalló, cubriéndose los ojos con infinito horror.

Claudia estaba ahorcada y nos miraba, nos miraba desde lo alto con sus ojos ennegrecidos por el inicio de la descomposición.

Ante la exclamación de Armonía, todos los seres que se hallaban

sentados en el suelo volvieron sus rostros hacia nosotros.

—Aquí está el conde Goriot —musitó Benotti.

Entonces vimos al conde Goriot, alto, gris, impresionantemente desagradable, A su lado estaba Bernard, el jardinero. Lo vi como más deteriorado, como si sus ojos rezumaran odio.

—¿Qué significa esto? —pregunté, sacando fuerzas de flaqueza.

—Somos los que no morimos jamás —dijo el conde Goriot con su voz hueca, tenebrosa—. El príncipe de las tinieblas nos protege porque nos hemos consagrado a él para toda la eternidad. Formamos un ejército que, cuando sea poderoso, saldrá de su encierro para invadir la noche del mundo. Lo dominaremos todo y se lo ofreceremos a nuestro señor y rey el príncipe de las tinieblas.

—¡Atácalo, Benotti, atácalo! —fe ordenó Armonía.

Benotti obedeció, arremetiendo contra el conde Goriot, pero éste consiguió derribarlo fácilmente con la ayuda de Bernard mientras Claudia seguía girando, ahorcada, muerta, con el espíritu vivo dentro de un cuerpo que se corrompía lenta y horrorosamente.

—¡Vamos, corre! —gritó a Armonía mientras con la mano hacía saltar las velas encendidas que arrojaba a aquellos seres infernales que iniciaban nuestra persecución.

Sabía que si nos daban alcance, terminaríamos como Claudia, colgados del techo para ser mantenidos vivos dentro de un cuerpo en proceso de putrefacción.

Jamás había llegado a imaginar que hubiera una muerte más horrible, si es que aquello podía llamársele muerte.

Derribando cosas a nuestro paso, deshicimos el camino andado, pero ellos venían tras de nosotros.

De pronto, oímos ladridos de perros.

Seguimos corriendo.

Conseguí cerrar una puerta, cercenando un brazo completo de uno de los cadáveres vivientes. Rodeamos los coches allí ocultos y seguimos corriendo hasta que unos perros casi se nos echaron encima

—¡Alto en nombre de la ley!

Quedamos cegados por las luces de las linternas.

—¡No disparen! —gritó Armonía.

—Agente, ahí atrás están los coches de los suicidas desaparecidos, acabamos de descubrirlos.

Los perros dejaron de ladrar para comenzar a aullar de terror.

EPILOGO

Rodábamos rápidos en mi automóvil camino de la frontera. Ya no habría reinauguración del gran casino. Benotti había muerto, dijeron que a consecuencia de una mala caída se había roto el cráneo.

La policía había encontrado todos los cadáveres desperdigados en la cripta, los que ya tenían casi dos siglos mezclados con los cuerpos de los llamados suicidas del casino.

La policía había encontrado al suicida al que le faltaba un dedo y al que correspondía el anillo que entregamos.

Los agentes nos habían puesto cerco a Armonía y a mí y, siguiéndonos, habían dado con nosotros en el momento oportuno, pero ellos no supieron nada de que los muertos estuvieran vivos.

Fueron colocados en sus respectivos féretros, si es que no se equivocaban, y los de los suicidas habían sido entregados a sus familiares. La prensa se había encargado de divulgar el pavoroso suceso. Según el juez, los suicidas habían escogido ahorcarse dentro de la cripta, se ignoraba por qué motivo.

La policía había encontrado a los muertos inertes, pero Armonía y yo sabíamos que estaban vivos y volverían a abrir sus féretros para salir de ellos y celebrar sus rituales satánicos, pero ¿cómo explicarlo para que nos creyeran?

—No hay forma — dijo Armonía.

—¿Otra vez has captado mi pensamiento? —le pregunté, con una sonrisa.

—Sí. Goriot era la mente maléfica; lo han encerrado en su ataúd, pero volverá a salir, estoy segura.

—Lo sé, querida, por eso vamos camino de la frontera. Cuanto más lejos estemos de aquí, tanto mejor.

Y pisé el acelerador.

FIN